

GFS-140-E

El hogar  
(original)

El hogar

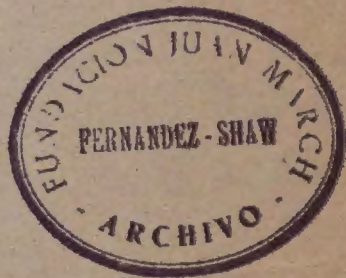
Comedia dramática en  
tres actos de

JUAN CUMELCAS.

Traducida del catalán por

GUILLELMO FERNANDEZ SHAW.

ACTO PRIMERO.



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

Personajes

Personajes

Isabel.

La Abuela Rosario.

Maria Luisa.

Julita

Mercedes.

Rosa.

Margot.

Batistela.

Anoua.

Enrique Suruda

Rafael.

Don Magin.

Pedro Ruiz.

Xavier.

Chorkito.

Chofar.

## Acto primero

Salón en casa de Enrique Sureda y Pujol, rico hacendado del término de "Salto de Cabra". La casa solariega de la familia Sureda data de mediados del siglo XV. II; pero fue, no ha mucho, reconstruida por Felipe Sureda, abuelo del heredero de hoy. El recargado gusto arquitectónico de aquella centuria aparece como sepultado bajo una capa de sumisos polvos. La estancia está resuelta con arranque a los siguientes términos:

Al fondo,  
Arquitectura Puerta a la izquierda, formando ángulo, y amplio mirador en vidrieras de colores. Hoy, como la acción comienza en plena primavera, el mirador se halla abierto de par en par, dejando ver la llanura del "Salto de

27 "Cabra", lavada por el sol de  
mayo. El cielo es azul; de un  
azul tan puro, tan limpio, <sup>que</sup> ~~como~~  
~~parece que lo acabaron~~  
~~si lo acabaron~~ de pintar de nue-  
-vo. En otros rincones muestran or-  
quillas y sus clavellinas en flor.  
Un rosal trepa por el venecianal;  
y sus rosas, como campanillas de  
obv., - coquetean balanceándose  
ante los arrogantes claveles. En  
butaquitas de mimbre invitian al  
reposo. Contingente el resto del fon-  
do una pared lisa, engalanada  
en retratos y cuadros antiguos. <sup>En</sup> ~~Ha-~~  
cia el centro de ella, un retrato al  
óleo de Enrique Surada, alguna  
de este bendito hogar. Bajo el  
retrato, un piano de caoba, que  
era muy bueno cuando se com-  
-pró, pero que hoy apenas sirve  
ni para ser tocado por manos es-  
-perdidas. Sobre el piano, la impres-  
cindibles candelabros en velas de  
color. Entre ambos, una figurilla  
de mármol.

3) Entre la pared del fondo  
y el lateral derecha, - hacien-  
do ángulo, - amplia portada, a  
la que se asciende por dos esca-  
loner de piedra picada; comu-  
nica a los dormitorios de la  
Abuela y del matrimonio Su-  
reda. A continuación de la  
puerta, un alto y artístico reloj  
de ~~pared~~ caja y una venerable  
arca de novia; sobre ésta, dos  
velonas muy clásicas y muy re-  
lucientes. En primer término de  
esta lateral derecha, una puer-  
ta que conduce a otras habi-  
taciones.

En el lado izquierdo, la  
característica chimenea, con  
su hogar. Se ve en su campana  
plato de loza y ~~figuras de cer-~~<sup>diversos ani-</sup>  
malitos de porcelana. Ahora  
el hogar está apagado; <sup>sin</sup> ~~pero~~  
embargo, sigue pareciendo la  
boca bien hechura que, con su

4)

hábito, convida a los miradores de esta casa, al grato reposo. A uno de sus cuartos, tres o cuatro escalones que conducen a un corredor y, desde él, a la solana de la Masía.

Colgado <sup>al otro</sup> lado de la campana de la chimenea, un calendario, un zorrón y una escopeta de caza.

No se ha de ver ni un palmo de pared desnuda; ya que, como queda dicho, toda la estancia se halla decorada con cuadros y retratos.

Sillas isabelinas, distribuidas convenientemente. Una mesita, en el centro, del techo pende una araña de cristal.

La acción se desenvuelve al caer la tarde de un domingo del mes de mayo.

5  
(de levantarse el telón,

BATISTETA can torrea ... y dese-  
fiada. Por el fondo llega CHORLITO,  
joven de unos 23 años, alto y fir-  
zudo. Entra de puntillas y se va  
rompiendo unos papeles, cuyo tro-  
zo tira aquí y allá. Después, se  
aproxima a la mujer, la abun-  
-da en un grito estidente. Calla-  
-ba decir que Batisteta es una vieja  
muchacha de unos 18 años)

CHORLITO: ¡Uuuuú!...

BATISTETA: ~~¡Ay!~~ ¡Ay! (Viéndole)

¡Fuera de aquí! Ya sabes que  
la señora no quiere verte  
en la sala. ¡Vete ya, zain-  
gano!

CHORLITO: No quiero irme. Me gust  
ta mucho verte limpiar los  
muebles. ¡Eres tan hacendosa.  
Batisteta!...

BATISTETA: ¡Y tú tan gaudul,  
Chorlito!

CHORLITO: Verás. Soy un hombre...

BATISTETA: ¡Un haragán!...



6) CHORLITO: Es que... cuando los demás trabajan, parece que uno descansa mejor. (Se sienta)

BATISTETA: ¡Muy bonito! (Fijándose en los papeles <sup>esparcidos por</sup> ~~el suelo~~ el suelo); ¡oh!... ¿quién tiró esos papeles? ¿Has sido tú?

CHORLITO: (Jocosamente) Trabaja, ~~trabaja~~  
trabaja...

BATISTETA: ¿Tú? ¡Te los haré coger a la fuerza! (Empujándole); con los dientes! (Chorlito se levanta)

CHORLITO: Prueba a ver, si puedes. (Huye de ella)

BATISTETA: Eres un Chorlito, de cabeza y de nombre. (Por la clarucha llega la Abuela Rosario)

ABUELA: Pero, ¿qué es esto? ¿a qué estás jugando? (A Chorlito): No me vgas? ¿Qué hacías aquí? (Avanza) ¿No te digo dicho que un minuto antes <sup>en la sala</sup> ~~estaba~~ ~~aquí~~ ~~pasando~~; mira cómo han puesto el suelo en las pisadas!

BATISTETA: (Apurada) ¡Ya se lo

7) decía yo... Pero él...

ABUELA = Si; ya se lo decías  
tú. Pero, cuando me le tienes  
junto a ti, le llamas. (Ame-  
nazándola en el bastón); Ale!  
¡Fuera! Si vuelvo a encontrarte  
aquí, haré que duermas en  
el corral. ¡Ya verás tú!

CHARLITO: No, señora. ¡Eso sí que  
no! Primero, no. (Y preu-  
rando no pisar apenas las bal-  
dosas, hace un tú por el bou-  
do. Pero presenciosos a la  
Abuela Rivarís. Esta venera-  
ble señora es la tradición  
viviente de la familia Sur-  
da. Se conserva aún fuerte,  
a pesar de sus 81 años, y  
solo se apoya en una mule-  
tilla de mano. Atra el ho-  
gar de sus antepasados y lo  
considera como arca santa.  
Se fija ahora en los trozos  
de papel.)

ABUELA = ¿O todavía no has ba-  
-rrido?

8) BATISTETA: Si... Si, señora.

ABUELA: ¿3 en papeles?

BATISTETA: ¿2 en papeles?

ABUELA: (Reverdándole) ¿2 en pa-  
-peles?... ¿cuales van a ser? ¡Eso!

BATISTETA: ¡Anda! Pues, es verdad...  
No los había visto. (ha recoge  
apresuradamente)

ABUELA: ¡Bueno! Ya está bien.

A sí, así... ¡Así me gusta! (ha  
meza respira) Ya sabes, Ba-  
-tisteta, que esto de la limpie-  
-za es para mí una manía. (la  
criada dice que "sí" con la  
colega, un poco exagerada men-  
te) (un poco una pizca de polvo me  
espaspera; cualquier mancha  
me pone a morir... Sabes que  
nada quiero. Tanto como es-  
-ta mueble que me vieron  
nacer y que son... como al-  
-go de mí misma; como si  
aún guardasen algo del alma  
de mis antepasados.

BATISTETA: (que no acaba de en-  
tender) ¿de sus... qué?

9) ABUELA: De mis...; Serás tonta!...  
(Batisteta le dice que sí en la cabeza, como antes) (La Abuela pone la mano por la coja del reloj y larga un grito), ¡Desis! Ya me entraba a mí... ff.

Mira!

BATISTETA = (Rápida) ¿Qué hay?

ABUELA = ¿Qué quieres que haya?

¡Polvo!...; Polvo! (La mucha corre a limpiar el reloj), Coquina!  
¡Zafra! ¿Qué harás cuando te cases y nadie te vigile?  
¡Contesta! (Batisteta se enrosc de humor); ¿esmerai el pan majado en telas de araña!... (La mucha chra aparece con las herma nas, - gurrela, entre si, - de En rique Sureda; Merced, Ju lita.)

Mercedes: Dios te guarde, Abuela.

Julita: Dios te guarde.

Abuela: ¿Venís del rosario?

Mercedes: Sí. Hoy el Padre Florens ha sido magnífico.

10) ¿Verdad, Julita?

JULITA: Verdad, Mercedes. (has  
de, al mismo tiempo, en el  
mismo ritmo, se quitan y do-  
blan sus manitos.)

ABUELA: ¿Ve qué ha hablado?

MERCEDES: ¡Oh!... de... (con sollozos  
ahogados de Batisteta la in-  
terrumper) ¡Qué tiempos, Bato-  
steta?

Julita: ¿llover?

BATISTETA: ¿Yo? No, señora. Una se-  
ñora no llora. Habrá sido el  
polvo... ¿Sabe usted? Se me tapa por  
la nariz; y por los ojos.

JULITA: Pero con suspiros...

ABUELA: ¡Deja de la ya! Si quieres  
llorar, que lllore. ¡Ya va re-  
miendo edad!

BATISTETA: ¡Sí, señora! La señora  
tiene razón. Si quieres llorar...  
pues, eso... ¿por qué me voy  
a privar de ese gusto? ¡Eso es!  
(llorando, cada vez más  
fuerte, hace ruídos por el

11) corredor de la derecha)

MERCEDES: ¡Ay, abuela! Tiene usted  
amustada a esta criatura.

ABUELA: Poco a poco. Yo no aminoré  
nada a nadie. Pero, a mi lado,  
hay que obrar derecho. ¡Polvo de  
esta casa si todas las mujeres  
fuesen como vosotras!

LAS DOS: ¡Como nosotras?

ABUELA: ¡Como vosotras! ¡En qué  
pasarán las 24 horas del día?  
Diez, <sup>durmiendo</sup> ~~perando~~; diez, ~~perando~~  
de, y cinco, ~~comiendo~~.

JULITA: ¡Oh! Exagera usted un poco.

MERCEDES: ¡Un muchacho!

JULITA: No creíamos que hubiese necesi-  
dad de estar, como usted, a  
todas horas, "hala que hala", en  
las cosas de la casa. (A Mercedes)  
¿Verdad?

MERCEDES: Verdad.

ABUELA: ¡Esta sí que es buena! ¡Hala  
que hala! Pues... ¡yo sí que lo es-  
toy! Que, cuanto más se quiere  
una casa, más hay que cuidar-  
la. Y esta sola, ¡guarda para  
mí tantos recuerdos!... a casi

12) todos con los he conocido. (Eri-  
guiendo los enanos en la mi-  
rada) El tío Florencio... Su  
Natividad, la santa de la  
esmarca... El otro tío... Este...  
(Sonríe) Este sí que era...; Ma-  
dre de Dios!...

MERCEDES: Muy feo, ¿verdad?

ABUELA: ¡Un badulaque! El único  
vagabundo de la familia. Pe-  
ro, ¡tan simpático!... Se gana-  
ba los corajones, Dios le haya  
perdonado. Era el mayor de  
los hermanos y no se parecía  
nada al mayor; ¡Este sí que  
era un gran hombre! (Se sian-  
tan. Las dos hermanas miran  
el retrato del "heredero": de  
Salvo Sureda)

JULITA: A mí me habría asustado  
un poco. ¿No le encuentran  
cara de raspón?

MERCÉDES: Se parece mucho a nues-  
tro hermano.

ABUELA: Y como él, tenía un cora-  
zón de ángel. Sólo vivía para

la casa. La restauró, resti-  
 tuyendo a ella el porte se-  
 ñorial que añoramos tanto. El  
 gran Felipe Surceda!... Yo le oí  
 decir muchas veces que no que-  
 ría un hogar que fuese una  
 cripa, sino una masía abier-  
 ta de par en par, de cara al  
 sol. Hoy, mi nieto, es su <sup>inve-</sup>  
~~gan~~ <sup>¿sangre?</sup> ~~reproducción~~. Como él,  
~~ama~~ <sup>ama</sup> ~~la casa con este res-~~  
 peto, en toda veneración. Tam-  
 bien quiere que siga abierta...  
 como quiere abierto el cora-  
 zón.

MERCEDES: Nuestros hermanos es un  
 santo.

JULITA: Toda la comarca le ado-  
 ra.

ABUELA: Para mí, el mundo se  
 reduce a esta masía. Me con-  
 centro en mí misma; y re-  
 cuerdo; recuerdo!... Mi padre  
 me decía que leyendo la  
 historia es como mejor se apre-  
 nde a querer a la patria.

MERCEDES: Muy bien, abuela. ¿Verdad,



147 JULITA: Tú lo has dicho, Mercedes. Muy bien.

ABUELA: ¡Ay, hijas! Me crispáis, con repetir nuestros nombres a cada instante; Sois ~~tan raras~~ <sup>Tan raras</sup> de las tardadas que llegáis a empalagar! Se os enoje más por "las ceremonias" que por "las mellizas" de los Surada. (Por el fondo llega Batisteta)

BATISTETA: Abajo está el señor Secretario, que pregunta si ha venido el doctor.

JULITA: ¿O es Rafael? Todavía, no.

MERCEDES: ¿Quería algo?

BATISTETA: No sé... Me ha dicho que, en todo caso, le digan que se pase por casa del señor Alcalde; que quiere verle en seguida.

JULITA: Dile que así lo haremos. (Batisteta se va)

ABUELA: ¿Cómo vienen a buscarle aquí?

MERCEDES: Como aquí está siempre.

JULITA: ¡Tan amigos de nuestro her

15 ABUELA: ¡Bien que lo sé!

JULITA  
MERCEDES: Se comprende.

MERCEDES: Enrique le debe la vida.

JULITA: ¡Se portó tan bien con él!...

MERCEDES: Muy bien.

JULITA: Si no hubiese sido por Don Rafael, ¿qué sería hoy de Enrique?

MERCEDES: ¡Eso! ¿Qué sería?

ABUELA: No; si lo recordo... y hasta lo agradezco. Pero, en franquiza, no me gusta su carácter; demasiado cooliado. ¡Ha de imponer su voluntad!

MERCEDES: ¡Todo un temperamento!

JULITA: Una gran energía.

MERCEDES: ¡Y una eminencia!

JULITA: ~~Es~~ Isabel que, mira si la conocido médicos en Barcelona, dice que muy pocos le igualan.

ABUELA: ~~Es~~ Es yo soy la primera en creerle un talentazo! Pero, ¿qué queréis? ¡Esa adoración que todos le tienen!...

16) MERCEDES: Pero, ¡abuela!, ¡sí se  
junta como un hermano!...

JULITA: ¡Sí! ¡hacia nos visita gratis!

ABUELA: ~~¿Pues?~~ a mí ~~no me~~  
visitará nunca! Cuando esté  
malta, si alguna vez lo estoy,  
que venga al pobre señor Solar,

JULITA: (Riendo); ¡oh!, el pobre señor  
Solar!

MERCEDES: (Riendo también), Pero, si  
casi apenas ve!

ABUELA: Mejor. me gusta un me-  
dico ciego y viejo. (aparece  
por el fondo Chorlito. La Abuela,  
al ver que va a salir, le grita)  
¿Adónde vas tú? (El chico se de-  
tiene) ¿No te tengo dicho que no  
quiero verte por la sala?

CHORLITO: Es que... un servidor...  
iba a la azoleta, a recoger las  
ropas del ~~señor~~ amo.

ABUELA: ¿Va también hoy de caca-  
-ria!

CHORLITO: No, señora; pero el amo

17)

quiere que se la rapasen... y que se alicen para que no se fiquen.

ABUELA: ¿y, ¿por la sala tiene que pasar?

CHORLITO: Lo que la señora diga. Es lo derecho.

MERCEDES: Déjelo pasar.

JULITA: ¡Pobre! No le entiendo...

ABUELA: Pasa. Pero antes quítate las alpargatas; que mira como <sup>los brach</sup> vienen de fango...

CHORLITO: Es que... un servidor viene de la huerta.

ABUELA: ¡Siempre viene tú de la huerta!

CHORLITO: Sí, señora.

(Chorlito se descalza, ~~se~~ cruce la sala llevando una alpar- gata en cada mano. Hace mu- ta por la puercita de la izquierda. La Abuela dice, mo- viendo la cabaza;) )

ABUELA: ¡Mira que a menudo este chico!...

18) (Conviene puntualizar que "las  
Cereemoniosas" son sus hermanas  
gemelas de 35 años, que van pei-  
nadas, vestidas lo mismo. Se pa-  
recen tanto que, quien no las conoce  
ca bier, las confundiría. Su carácter  
y su peinado son austeros. Por el  
fondo llegan ~~el médico~~ "don Ra-  
fael" ~~?~~ el Alcalde don Pe-  
dro Puig y Ineralto).

ABUELA: (Al ver a las recién llega-  
das) Esta sí que es buena. ¿No  
le conoce al señor Alcalde?

RAFAEL: guárdala Dios, mi señora  
doña Rosario. Efectivamente,  
el señor Alcalde me conoce;  
pero...

PUIG: Le encontré en el caminio.  
Buenas tardes.

CEREMONIOSAS: (Al mismo tiempo)  
Buenas tardes, señor Alcalde.  
Buenas tardes, doctor.

ABUELA: Pero... ¿no quería al señor  
Alcalde que...?

19

PUIG: Si, Oña Rosario. En efecto,  
quería que me viniera a ver  
a casa; pero la casualidad  
ha hecho que nos encontremos  
unos frente al Mas Royals, ¿?

RAFAEL: ¿, por observar, le rogue que  
se baje aquí un momento, ¿ me  
perduran, verdad?

MERCEDES: ¿ Por Dios, Doctor!

JULITA: - Esta es su casa.

LAS DOS: ¿a lo sabe el Doctor?

RAFAEL = gracias. gracias.

ABUELA - Si lo desean, pueden pa-  
sar al despacho de Enrique,  
(con cierta ironía) Puede que  
estén mejor.

RAFAEL: Usied no confunde, Oña  
Rosario.

PUIG = ; Oh! ¡ha venerable abuela  
del Mas Sureda es toda una  
gran señora, <sup>3/</sup> (con tono de la-  
matorio) Es una cuampañera  
de aquellas ilustres damas  
de comienzos de siglo: toda



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

20) distribución, refinamiento, etcétera, etcétera. ¿Ya me entiendo usted, verdad?

ABUELA: Prepárate a callar. Ya lo creo que te comprendo. Pase de los ochenta años: ¡figúrese!  
(~~Es~~ Ve que en el suelo, queda todavía un trocito de papel. Y, invalentemente, se enfada); pero, hijas!... ¿Todavía papeliños por el suelo? Por más que una vigila...

(Con Rafael se apresura a recogerlos)

RAFAEL: Por favor... (Lo arroja al jardín), ¡Ya está! (Las comisiones se muestran satisfechas)

ABUELA: ¡Vaya!... Bien... ¡Eso está bien!

RAFAEL: Todos sabemos que la Abuela del Mas Sureda se sobrevive por la limpieza de su casa.

ABUELA: ¡Santa palabra! Por la limpieza de su casa, sí sobrevive. Pero hay veces que te acuerdas en un momento una clase total

2/ <sup>es inútil,</sup>  
de jerguena, que por más que  
hagas. ~~te~~ (Se ve por la puerta del  
primer tercerius derecha)

MERCEDES: Nosotras también te dejamos.

JULITA: Porque, por lo visto, tienen que  
hablar...

RAFAEL: Un poco.

LAS DOS = Pues... hasta luego. (Siguen  
a la abuela)

PUIB: ¿Cuál de las dos ha hablado?

RAFAEL: ~~Una de las dos.~~  
<sup>Una de las dos.</sup>

PUIB: ¿Es una? No puede ser.

RAFAEL: Pues... las dos a un tiempo.

PUIB = Eso, sí, son un caso más <sup>mellizas!</sup> ~~raros~~.

~~got~~ (Se han quedado solo Rafael  
) Don Pedro Puig y Generalis. El  
primero es un hombre de unos 35  
años, de aspecto distinguido y  
temperamento exaltado. Pasa en  
un santiamén de la admiración  
al odio. Los nervios dominan su  
voluntad. Puig es un buen hom-  
-bre: la satisfacción mayor de  
su vida ha sido llegar a Alcal-  
de. Tiene 55 años, bien llevado)



22 / RAFAEL: Pero... a lo que interesa...

PUIG: ¡Ah, sí! Hare razón.

RAFAEL: No le esperaba. Creí que tardaría más en salir.

PUIG: Pues, a termino. Nos ha sorprendido a todos; con las influencias que viene el mezo.

RAFAEL: Venga como venga. No me hará cajar... lo que entonces me, lo volviera a hacer ahora.

PUIG: ¡Muy bien! <sup>Cumplirá usted su</sup> ~~Cumplirá usted su~~ deber. Lo hemos dicho todos; sobre todo yo, como suprema aversión que soy del pueblo. ¡Oh, cuántos caminos se allanarían si todos los hombres vecinos fueran como usted! Pero, ¿qué ocurre? Tienen la vida sencilla, y no quieren complicársela. Fallaba un ojeador como usted, cuando osó, para descubrir los ladrones que el termino.

Con Rafael era un aviso. Ha encendido un pitillo y de una pa-  
sa por la escena; Puig se sienta y sigue pensando; el tono de su  
voz es amargo, como si hubiera

23) ante la Corporación Municipal)  
Este mazo Rafael es un caso.  
-trista, <sup>bien que lo</sup> ~~de lamentarse~~ sabe.  
mos! Nunca está quieto en un  
sitio, ni se ha parado en bra-  
-zas ante nada; pero...; impo-  
sible echarle el lazo! Siempre  
se enerva. Y, oh, claro,  
no perdona.

RAFAEL: Es un mal sujeto.

PUIG: (Adoptando un aire misterio-  
so) Yo... no quiero avisarle; pero  
me temo que sepa alguna  
cosa. Esta buena pieza no se  
cansa de decir que le va a  
cambiar las enseres. Yo... ya  
avise a la pareja; pero, de  
un car camorrita como él,  
todo hay que temerlo. ¡Oh! ¡Oh!  
No lo dude usted; ¡ya lo creo!  
Y perdona... ¡Un cigarrillo?  
(Rafael se lo da. Puig busca  
en sus bolsillos) Fuma un ped.  
No tengo humo. (Le da, sin  
despegar su labio encendido con  
su encendedor el pitillo del  
Acordo) gracias. (Una pausa)  
El que tendría un disgusto  
Enrique. Le enerva

24)

muchos, oscuros; y por nada  
del mundo permitiría que se  
ocurriera algo. Y me el cam-  
biamiento le quise; que no fue  
sólo ~~por~~ su ciencia, sino ~~por~~  
su abnegado sacrificio, ~~lo que~~  
~~salvó al año de esta Hasta.~~  
por lo que hoy tiene ante esta  
Hasta. (Firma); Que corazón  
el de Enrique! No tiene un  
enemigo al veinte leguas a  
la redonda; siempre, un pa-  
-drayo ~~de~~ para los pobres! (Al médico  
le mortifica la perorata del  
Alcalde; pon se continúa, y dice  
en una sonrisa forzada)

RAFAEL = ~~un buen amigo~~  
; gran persona, el amigo  
jurado!...

(Entraron por el budo Isabel  
2 con Mousa)

ISABEL: ¡Oh, señor Alcalde! ¡Fante  
no me en vela por casa.

PVIB = (Todo agarrado) Sólo un ins-  
tante, señora mía. Encontré al  
amigo Rafael, y me he un acun-

25  
aidos respectivamente. 7,  
chabando, charcando... Los puros  
nos han traído á la María.  
(Se entira en puñis, sobredita  
de haber sali de su compus-  
niso)

ISABEL: muy bien venidos. Lévatelo  
~~esto~~ <sup>esto</sup> á mi cuarto, Anonza. (Por la  
manilla, que se ha quitado)

ANONZA: Sí, señora. (Se va por la  
puerta grande de la derecha)

PVIC: De la gloria, ¿verdad?

ISABEL: Sí. Aperturo el pendón de  
la Parroquia, que, como usted  
sabe, <sup>daba</sup> ~~da~~ prima verla. 7, como  
cúe año la Cofradía, a  
pesar de mi oposición, ha  
querido que lo llevase yo...  
he aquí el porqué...

PVIC: ¡7 han acciádo, ~~señal~~  
(el señora!)  
¿Anien mejor que la esposa  
de su Enrique Jurada? he  
Parroquia tendrá un recuer-  
do suyo; 7 yo, como Alcalde,  
haré que conste en  
acto su devota donación.

25) ISABEL: ¡Oh! No, por Dios... ¡Si no  
vale la pena!...

RAFAEL: ¡¿Quién te bordará? ¿O,  
por aquí, no veo a nadie  
capaz de...

ISABEL: Iré a Barcelona; y se lo  
encomendaré a las madres  
del Sagrado Corazón, que tie-  
nen unas manos de plata.  
(Vuelve Monsa)

MONSA: ¡Manda algo más?

ISABEL: Nada más, Monsa. He-  
-cias. (La doncellita se va por  
la primera derecha)

PUIG: Aprovecharé los últimos ra-  
-gos de sol para llegar a  
ver al Secretario. Diga al am-  
-igo Sureda que, como todos los  
domingos, vendrá al caer la  
tarde.

ISABEL: Con mucho gusto, señor Puig.  
(Ceremoniosamente, el Alcalde  
saluda y se va por el fondo.  
Quedan solos Isabel y el sec-  
-tor, Doña Isabel, - como la

27) llaman en admiración los  
vecinos de la comarca, es una  
hermosa mujer, de 30 años. Sus  
cabellos son negros y brillantes, y  
so la peina con raya en medio;  
su piel morena, salvada; y sus  
ojos, gruesos y sensuales. Se fin  
inteligencia y con un gran de  
mirón de sí misma, halla  
estrecha la prisión de su casa,  
como la llama ella. Su era  
un volar; pero está ante  
su sala de su boca. Viste el  
garcementa: con cierta origina  
lidad que contrasta en el se  
vero aspecto de la casa. Al  
comenzar la escena, coge las  
floras que hay en un jarrón, sobre  
el arco, y las arroja por el mi  
rador, mientras que murmura:  
Estos flores...; Otra vez será!

RAFAEL: ¡Por qué las tiras?

ISABEL: Porque son de ella; de esta  
sentimental de María Luisa.

28) Ya hace días que trae flores todas las mañanas.

RAFAEL: ¿7 veces que son por...?

ISABEL: No lo sé.

RAFAEL: ¿Tienen celos?

ISABEL: ¿De él?... ¡Bah! Serían tal para mal. (Breve pausa)

RAFAEL: Tu buen marido... Mejor dicho: un "pobre Enrique", es un tí la llamas, no es un ser vulgar. Es hombre de buena presencia, caritativo...

ISABEL: (Parcando por la escena)

¿7 es es todo?

RAFAEL: Que te quise en la obra.

ISABEL: ¿Tú qué sabes!

RAFAEL: Lo dice él. (Isabel calla.

Para de nuevo y ~~te~~ dice en voz fatigada:)

ISABEL: ~~Que~~ Enrique no es un <sup>el</sup> ~~amante~~ <sup>amb-</sup> ~~apasionado~~ que yo ~~que~~ ~~ciudad~~ ~~no~~ ~~es~~ ~~un~~ ~~pobre~~ ~~román-~~ ~~tico~~ ~~enamorado.~~ (Rafael la mira y sonríe)

29) RAFAEL: Ya es algo.

ISABEL: ¡Algo?; Polvo de mi! (Se sienta) Vivo encadenada en esta prisión del hogar, cuando mis ansias me empujan a volar...; a volar lejos!

RAFAEL: (Se le acerca) Ya volarás cuando quieras. (Ella le alarga la mano, que él brisa)

ISABEL: Comprendo mis anhelos... Siempre que viví recelosa: de joven, en un pensionado, el del Sagrado Corazón, como ahora te dicen. Luego, ya mayor, en casa de mi ~~tía~~ (como yo la llamo "tanta"), me iba por que era francesa. Siempre me quedaba a un lado, pegada a papamanté, y no me dejaba salir sola. Según ella, mi padre, - oír se ~~con~~ <sup>gloria</sup> - fue un gran amigo de Enrique Suruda y, al morir, le encargó que procurara hacerme su heri-



Jes. Sabia que Enrique me  
admiraba... ; Bah! Ni recordar-  
lo quiero. Fenta yo 25 años,  
con una voluntad de niña  
de 15. Y, de golpe y porrazo, me  
encontré dentro de este arco  
aliborrata de recuerdos, por  
lo que parece que me pasa la  
vida. (Rafael, de pie y a sus  
espaldas, acaricia y besa sus  
cabellos)

RAFAEL: Yo te recuerdo la vida, Isa-  
bel. ¿Crees que, si ~~no fuera por ti, -~~  
yo me quedaría en este pueblo?

ISABEL: Lo sé... y te lo agradezco.  
Más de lo que tú crees.

RAFAEL: Pero a veces eres un poco  
arisca. (Va a darle un beso.  
Ella lo esquiva)

ISABEL: ¡Cuidado, Rafael! Eres espel-  
tado por temperamento. Dices  
que dominar los nervios, sabes  
bingir... Figúrate qué pasaría  
si...

RAFAEL: ¡Pues acabemos de una  
vez! ¡Buz e conuigo!

31) ISABEL: No puede ser

RAFAEL: ¿No dice que...?

ISABEL: Te quiero. Sí... lo sabes.  
Pero Luis con un amigo de  
la casa siempre me parecía  
ridículo. Es una doble in-  
mellación (Ha dicho esto  
viéndose)

RAFAEL: ¿Te ves?

ISABEL: ~~¿Qué quieres?~~ Las cosas hay  
que hacerlas con elegancia.  
(Aparece por el mirador Don Magín,  
un hombre flaco y canoso. No  
para de los 70 años, aparente 85.  
Viste de oscuro... y siempre va lle-  
vo de lamparas. No hay que decir  
que es el boticario del pueblo. Muy  
atento, servicial, sobre su cabeza  
con una boina francesa. Siem-  
pre, en inviernos como en veranos,  
lleva una bufanda, un poco desli-  
achada por el tiempo)

MAGÍN: ¿Se puede pasar?

ISABEL: Adelante, por Magín.

RAFAEL: ¿Cómo va mi querido cole-  
-ga?

MAGIN: Boticario un más, ou Ra-  
fael; boticario. ¡sevariado be-  
nor!... Traia eia pumadita pa-  
ra la abuela Rosario, que me  
la <sup>encargó</sup> ~~pidió~~ (hace días y <sup>me había</sup> ~~me había~~  
~~tenido ocasión~~) de preparársela.

RAFAEL: ¿i qué es?

MAGIN: ¡OH! No tiene importancia,  
ou Rafael. Solo bella donna.  
(Solba un poco cuando habla, por-  
que no conserva en la boca ni  
un diente) 7 a sabe, ou Rafael,  
que i la abuela só le agraa-  
dan guitar los polviques an-  
tiguos... ¿i qué ha de hacer  
un hombre, si no servir a  
quien bien le paga?

RAFAEL: Pero si está muy bien. Don  
Magin.

ISABEL: Voy a decirle que está usted  
aquí.

MAGIN: gracias, Oña Isabel. Mil  
gracias. (Isabel hace un toque  
bajo el arco de la derecha)  
¡Caramba, qué señora más  
señora a la señora Oña

¿Sabel! La flor que balia-  
ba en el vejete de ~~San~~ los Su-  
-reda. Embalsama el aire  
cuando pasa; ¿no envenena  
usted, don Rafael? Sí; desde  
 luego... Embalsama el aire.  
Ous la guarda, por la felicidad  
y el bienestar de esta casa.  
(Pausa breve) He encontrado  
al sticiera. Me ha extraña-  
do.

RAFAEL: ¿Quién es el sticiera?

MAGIN: ¿El Alcalde, hombre!

RAFAEL: ¿Ah, sí!

MAGIN: ¿Saber qué me ha dicho?

Pues me ha dicho que...

RAFAEL: No sé. Que ese amigo Ru-  
-fort está en el pueblo y viene  
en malas intenciones.

MAGIN: "Eso mismo!" <sup>Es un atrave-</sup>  
~~sado al ojo mojado~~  
~~o sea, es el amigo No permito~~  
oir que ~~le~~ pare ~~una~~ a usted  
nada. Porque yo le quiero, don  
Rafael; y le quiero porque le  
quiero Enrique Sureda. Como

34) ¿Sabe usted, yo fui amigo de su padre, Dios se encargó en gloria. Y en mi pueblo, allí en San Juan del Eura, ya había oído cantar las excelencias de su abuelo... el venerable Felipe Sureda, patriarca de este santo lugar. El niño lo recuerda en todo. Soy Seguri dicen, era alto y fornido, como lo es Enrique. Y también, como él, un santo varón. (Por el refrán)

«Verdad que se parecen? le da un aire? lo dice el refrán: "Quien a los ojos parece..." (Con gran respeto); No!; No ha adivinado el viejo Sureda! Que pervive en el niño. (Por la pui- a era derecha vuelve monsa)

MONSA: Don Magin: la señora del Rosario te espera en la galería.

MAGIN: Voy... Voy en seguida. ¿Viene conmigo, don Rafael?

RAFAEL: No. Tengo aún una visita y no puedo dejarla. (Consulta)

35 / su reloj)

MAGIN: Cuidado, don Rafael, Cui-  
dado...

RAFAEL: gracias, (don Rafael se va  
por el mirador)

MAGIN: (murmura) Mala cosa es  
esta, mala cosa! (Muñi por el  
corredor de la derecha. Breve  
pauza. Se oye dentro la voz de  
don Magin) Buenas tardes.

CEREMONIOSAS: (dentro); Buenas tar-  
des! (Salen por el corredor las dos  
hermanas. Mercedes trae un li-  
bro de <sup>Julita</sup> costilla de costura).

MERCEDES: ; Quié simpatías  
don Magin! ¿No encuentran?

JULITA: ; Quié simpatías!

MERCEDES: ¿No sentamos en el rin-  
-yador o subimos a la azoica?

JULITA: Como quieras. Yo en todas  
partes estoy bien.

MERCEDES: Entonces, ¿subimos?

JULITA: Subamos. Todavía no se ha  
puesto el sol y podrías leer un  
poco. Me gusta oírte.

36) MERCEDES: Estoy enamorada  
de estos versos; llegan al  
alma! ¿Tú, qué haces?

JULITA: Unos recitativos para el pe-  
-queñín de los Peixos.

MERCEDES: ¿Te gustan los niños, her-  
mana?

JULITA: ¡Me encantam! (Dejándola pasar)  
Pasa, Mercedes.

MERCEDES: Gracias, Juliá.

(Las ceremonias hacen ruído  
por la escalera que conduce a la  
ajóica) (Por el fondo vienen En-  
rique Sureda, Maria Luisa. El  
primero es hombre de unos 40  
años; anchos de espaldas, corpulento,  
clero de salud. En realidad, como  
ha dicho su Magia, es la viva  
imagen del retrato que cuelga en  
la pared del fondo. A las dos pa-  
labras que se le escuchan, advier-  
tes claramente que es un gran  
estragón. Sus ojos, negros y brillantes,  
tienen la inquietud son inquietos,  
como los de un joven. Siempre

tiene la sonrisa en los labios.

Como no guarda secretos para  
nadie, y es incapaz de misterios,  
habla siempre en alto tono  
apasionado a fumar en pipa,  
posee una colección de ellas, que  
guarda en una caja de marfil,  
sobre la chimenea). (María  
Luisa, - dulce chiquita de 20  
años, - es hija de un primo her-  
mano de Enrique Sureda. Vive  
como su hija de, en la casa, donde  
es muy querida. Ha acabado la  
carrera de maestra, y cultiva  
en su jardín una gran berrini-  
-dad. Su voz es armoniosa, aca-  
-riada dura. Viste con sencillez; pero,  
como su figura es de líneas per-  
-fectas, <sup>luce su</sup> ~~cuando se viste en~~ traje ex-  
-traordinariamente)

ENRIQUE: Hoy es el primer domingo de  
 Primavera, María Luisa. Mirán-  
 dote a la cara, se comprende que  
 ha llegado el buen tiempo.

M. LUISA: Si señor <sup>(Enrique)</sup> ~~debo~~ de estar un



38) poco arrebolada.

ENRIQUE: Sí que lo estás, nueva  
(Enrique deja su amplio sombrero  
sobre el arca. Abre luego la caja  
de marfil, saca una nueva pi-  
pa. En tanto, María Luisa se  
ha fijado en el jarrón sin  
flores, y mueve ligeramente la  
cabeza con muecas de extra-  
-ñidad. Enrique se sienta en  
una poltrona, carga de tabaco  
su pipa) Es mundo a Buenos,  
¿no encuentran? Pero hay que  
saber vivir. Ahora mismo no  
dá Dios una nueva Primavera.

(Enrique) Para conocer la  
bondad de la Primavera, hay  
que trisar por los campos, como  
trisera yo. ¡Te lo dicen los pá-  
jaros con sus trinos y el batir  
de sus alas! A ti también pa-  
rece que te gusta el campo;  
que en él te encuentre más  
de una vez estudiando.

M. LUISA: ~~Tiene~~ razón. Me <sup>encanta ir</sup> ~~gusta~~  
por el campo sola... es un  
placer nada más, y caminar

29) despacito... para que los pájaros  
no huyan... y poder disfrutar de  
sus cantos. ~~Me encanta~~ Tanto me  
gusta oír el canto de los pájaros  
como aspirar el perfume de las  
flores. Muchas veces, aparto los  
ojos del libro, miro hacia al aire  
y me parece que las nubes ba-  
jan... y bajan hacia a acariciar  
me las sienes. (Breve silencio.  
Enrique lanza fuertes bocanadas  
de humo).

ENRIQUE: Es año que viene acá.  
¿Por la carretera, no?

M. LUISA: Sí, señor <sup>Enrique,</sup> gracias a usted.

ENRIQUE: ¡Bah! gracias a tu inte-  
-ligencia, María Luisa. Me en-  
canta que seas una señorita; que  
sepa crearle un hogar tran-  
-quilo. Usualo...

M. LUISA: Sí, señor Enrique.

ENRIQUE: No me digas señor En-  
rique, mujer.

M. LUISA: Es que no se cómo...

ENRIQUE: Llámame tío. ¿No lo soy  
en realidad?

39) después... para que en mejoras  
no hayan ... y no

40 M. LUISA: ~~Pues~~ Si, señor.

ENRIQUE: Pues eso, ¿No te gusta que lo sea?

M. LUISA: Mucho.

ENRIQUE: A mi también. Pues... como te decía, quiero que seas ama de una casa como la mía. Porque, si Dios quiere, te casarás. ~~Si~~ No querrá Dios que se quede soltera un angelillo como tú.

M. LUISA: Jamás te persuada en ello.

ENRIQUE: Es natural. Ahora tienes veinte años, ¿no?...

M. LUISA: Si, señor.

ENRIQUE: ¿Y no tienes <sup>ningún</sup> ~~un~~ morador que te quite el vicio?

M. LUISA: No. Ninguno.

ENRIQUE: ¡Ninguno, ninguno!... Eso no puedes saberlo.

M. LUISA: ¿Que no?

ENRIQUE: A veces surge un mosquito anudado, tímido y melancólico en amorados, y el amor le pega la lengua al paladar.

M. LUISA: ¡Oh! No hay mosquitos muertos hoy día...

41) ENRIQUE: ¡Hola, hola! ¿y cómo te  
saber?

M. LUISA: Verá. (Un poco averguza-  
do) A una te cuentan...

ENRIQUE: Váin... Ven aquí a contarme  
todo eso que dicen que te cuen-  
tan. Anda y no te arreboles  
mujer, que yo no quiero. Dime.  
(Ella se sienta a su lado. Cuán-  
do iba a comenzar a hablar, apa-  
rece Chorlito. Lleva las alpar-  
gatas colgadas del cuello)

CHORLITO: Amó... Ya ví la ropa apa-  
riada... Te aseguro que no se  
ve ni una picadura...

ENRIQUE: Bien... (Chorlito inicia el  
aviso hacia el corredor); Pero,  
chico! ¿adónde vas con las  
alpergatas al cuello?

CHORLITO: Es que... la señora Abon-  
ta me guita si entro en ellas  
en la sala. (Anda, anda!)

ENRIQUE: ¡Pero, hombre!... ~~Anda~~ ¡pon te-  
lar, dejate de músicas. La se-  
ñora no te ve.

42) CHORZITO: ¡Válgame la Virgen!  
No lo haré más. ¿Tú sí, por casualidad, lo sabe?; Ni pensar, amo, ni pensarlo! Antes de que ella me viera... ¡primero fraile! (Muñis. Rien el tío y la sobrina)

ENRIQUE: ¡La brama de la Abuela!  
y dime tío; dime...

M. LUISA: ¿El qué?

ENRIQUE: Eso. Lo que ~~te cuentan~~ ~~te dicen~~ ~~te dicen~~. No lo dejes ahora

M. LUISA: ¡Ah, sí! Pues me han dicho que el hombre tiene libertad para todo; más que la mujer. Y que la mujer ha de callar y sufrir... porque nadie la conoce. Y por eso la mujer quiere más y, generalmente, es más abnegada.

ENRIQUE: (Rascándose de cabeza) sí: hay veces... sí. Pero mira: quiero que sepas una cosa. Cuando el hombre quiere de verdad, no se declara.

M. LUISA: ¿No?

43) ENRIQUE. No. Se le conoce, sin embargo, el camino que omlia en el fondo de su corazón; ; le dela. En sus ojos.

M. LUISA.: (Todavía un poco Embarazada)  
y a la mejor también <sup>se</sup> la debe  
berian comprender.

ENRIQUE.: También.

M. LUISA.: Y entonces, ¿qué hace el hombre?

ENRIQUE.: ¿Qué... qué hace? ; Santo  
Dios! (Se acerca a ella) ; Ahora  
sí que me caigaste! (Rie) como  
jamás me la encontré en el  
caso... Pues, digo yo... que debe  
de disimular para hacerse  
más interesante. ; El hombre es  
más orgulloso que un gallo.

M. LUISA.: Orgulloso, a veces. Y, a veces,  
distráido

ENRIQUE.: También... ; También lo hay!  
(Rie. La mira, y le dice con una  
sonrisa pícaral) ; Sabes, <sup>chiquita,</sup>  
que tienes unos ojos muy claros?

M. LUISA.: ¿Yo?

ENRIQUE.: Sí. Parecen de cristal. Por  
los ojos, pequeña, se asoma tu  
alma.

44) (Surge por la desiclia Isabel,  
con una brazada de rosas en car-  
na das)

ISABEL: ¡Ah! Sois nosotros. ¡Hola, En-  
-rique! Creía no se encontraré;  
y, perdona, no me hubiera  
guiado.

ENRIQUE: ¿Por qué, reina?

ISABEL: Muy sencillos. Porque vería a  
colocar en el jarrón esta bendi-  
-ción de rosas... (Mirando fijamente  
al rostro de María Luisa) que se  
que se chiflan.

ENRIQUE: Muchos. ¿Estaría más, si  
las ves en tus manos.

ISABEL: (Colocando las flores en el  
jarrón) Esta mañana tiré unas  
flores, que no sé quién las pu-  
-so. Sin duda, Bati. Esta. Porque,  
de flores, no tenían más que  
el nombre. (Burlona) Unos cardos  
y una hierba del monte...  
(Rie)

ENRIQUE: ¡claro! Figúrate: cosas de la  
Abuela. En cambio, tus rosas...  
(Las huele)

M. LUISA: (Dolida) Con un permiso...



45) ISABEL: La Abuela está en la apo-  
teca con sus magín. Creo que va-  
stan de magiéntes; y la Abuela  
preguntaba por ti. Por lo visto,  
para que la aconsejara... (La  
nunchadra, sin expresos contatos,  
hace un par de pi-  
-recha. Isabel la mira desper-  
-tivamente. Enrique va a obra-  
-jar en Isabel en oposición)

ENRIQUE: ¡Sol mío! Aún no te había  
casado hoy. (Tuicría hacerlo)

ISABEL: ¡Jesús! (Se retira)

ENRIQUE: ¿Qué tienes?

ISABEL: ¿No sabes que me molestaba  
el olor de la pipa?

ENRIQUE: Tiene razón. ¿T es eso? ¡Pues,  
vaya!... (Deja la pipa en su  
caja) Siempre que abro una caja,  
me acuerdo de un regalo in-  
yo: precisamente, una pipa...  
Esta. (Se la enseña) Me hicis-  
te feliz. (Deja la caja sobre la  
repisa) ¡Ahora... ya ves! no  
puedo ni soñar en olor.

46) ISABEL: ; Ah, Enrique!... ¿No sabes  
que, cuando se hace un regalo,  
se piensa sólo en un lugar a  
la persona a quien se destina,  
aunque al presente <sup>nos</sup> desagrada?

ENRIQUE: También tienes razón.  
Tú siempre tienes razón. ¿Sabes  
a quién le encontré?  
A Surinae. ¿No la recuerdas?  
Aquel pica pedraro....

ISABEL: ; Ah, sí...

ENRIQUE: Es hombre muy agra-  
-decido. Me ha recordado lo que  
le dije cuando le descubrí su fe-  
-choría. Aún no sé ni por qué la  
hizo; pero había que regañarlo, ¿no  
te parece? ; Pobre hombre!... Claro:  
él regaba... ¿qué había de ha-  
cer? Todavía no he encontrado  
a nadie que se confiese autor  
de una mala acción. ¿Sabes  
por qué? Pues porque nadie  
quiere hacer expiación de su  
ciencia; la mayor parte de los  
hombres prefieren llevarla bien  
dentro. ~~que se confiese autor~~

al príncipe preso:

"~~En fin~~ llegará un día en  
que esto que tenemos dentro, y  
que Dios nos <sup>concedió</sup> ~~impuso~~ a todos, - am-  
- que a veces no lo parece, - nos  
recuerda y nos nos deja vivir. Yo  
sería para mí un dolor, para tus  
excremas, que murieras excomuni-  
- do el pecado en el fondo de tu  
conciencia." Y él, que era un  
buen hombre, confesó... y me lloró  
en las manos de lágrimas.

(Breve pausa) dice Dios que el  
premio de una buena acción  
es haberla hecho, y qué razón  
tiene! Por eso yo vivo contento  
y tranquilo en este mundo.

(Respirando fuerte, lleno de  
salud y optimismo), Bendito  
sea Dios! (Isabel le mira) Siem-  
- te como el que más las ale-  
- grias y las tristezas del tiempo.  
El sol y la lluvia. Y, a pesar  
de ~~la~~ ~~vida~~ con el corazón

48) <sup>respirando)</sup> abierto, ~~es~~ la vida, como si  
siempre fuera Primavera.

ISABEL: Sí, Enrique. En tus ojos ya  
está la vida como de in-  
-teza.

ENRIQUE: ¿Fíjate a tu lado, mi  
reina?; Sí cuando tú me in-  
-vas me siento como nunca  
feliz! Como si me invieras más  
de 15 años. (Sonriendo) Ya  
sé que muchas veces cabal-  
-go en las nubes; pero, ~~¿~~  
¿qué hacer, sabiendo que en  
Europa mis todo el mundo  
se feliz... porque yo quiero...  
y porque me desvío para  
que siga siendo feliz! Tengo <sup>mi</sup> ~~el~~  
hogar, tengo los recuerdos...  
¿tú tengo a ti, que eres la  
reina de mi casa! (Te abra-  
za fuertemente); A ti!... Na-  
-die puede comprender <sup>es-</sup>  
me una ~~solamente~~ <sup>absorbe</sup> esta dul-  
-ce vida de familia. Mira:

49) ¿Y es este piano? El abuelo  
se lo regaló a la que aún vive  
entre nosotros: la abuela Ro-  
sario. Ella aprendió en él;  
y cuando el abuelo regresaba  
de sus viajes, ella tocaba en  
el piano para alegrarle su in-  
fancia en casa. ¿Es lo que pe-  
dido muchas veces y nunca  
me complacía. ¿Por qué?

ISABEL: Ahora el piano no tiene  
la mismas pulsaciones de  
entonces. ¿No crees que me  
encorrezan uno nuevo?

ENRIQUE - (Suprendido) ¿Qué di-  
ces? ¿Cambiar al piano? ¡No!  
(Persuasivo). Créeme: prueba  
en éste. Yo te ayudaré. ~~Es~~  
de canción <sup>letra</sup> así. (La  
canta, Ella, me cánicamente,  
se pone al piano. Pulsa (les  
primeras notas guiadas por  
él. Pero se levanta de pronto.  
) dice)

ISABEL: No, no. Es inútil. No ~~pod-~~ <sup>po-</sup>  
~~ría~~ <sup>dría</sup>... no podría.

(Llega hasta el mirador. Él  
Echlea en el piano. Luego, la  
mira, se aproxima a ella y  
le dice en voz baja)

ENRIQUE: ¿Es que con feliz a un lado?  
¿Es que no te aburras?

ISABEL: ¿Por qué te de aburrirme?

ENRIQUE: Ya sé; ya sé que cuando  
una persona es feliz, no pue-  
de aburrirse... porque la vida  
se le ofrece hermosa. Eso ya  
lo sé. Pero, a veces... (Ella  
le mira) A veces, pienso...  
pienso...

ISABEL: (Angustia) ¿Qué, Enrique?

ENRIQUE: ¡Cosas!... ¡Ay, vida mía,  
te quiero tanto que tengo miedo  
de no saberte dar la felicidad  
que mereces, ni todo aquello  
que ambiciones. (Besándola)  
¡Reina mía! (Aparece Rafael,  
que hace un gesto de con-  
trariedad; pero se rapura)

RAFAEL: Así me gusta; que la fa-

licidad reina en el hogar  
de mis amigos.

ENRIQUE: ¡Ah! ¿Eres tú, gran hombre?

¡Adelante, adelante! Llegas a  
punto. No sorprendes en un mo-  
mento de efusión. (Le abraza)

Señala que la vida, por sí misma,  
es bella; y cuando un hombre la  
encuentra bella, no sabe ver

sino aquello que tiene la  
virtud de embellecerla. El

hombre bello no sospecha mal-  
dad si, por desgracia, alguna  
le amenaza. ¿No lo crees  
así?

ISABEL: Perdona, Enrique. Me en-  
treñuve demasiado, y la  
Abuela Rosario me citará  
esperando. ¿Tú no querrás  
quedarte.

ENRIQUE: Yo, no. Va. ~~me~~ Quedo  
aquí con este buen amigo.

ISABEL: Adios luego. (Sale por la  
primera derecha)

RAFAEL: ¿Tú, ¿cómo te encuen-  
tras?

5<sup>2</sup> ENRIQUE: ¿de salud?

RAFAEL: ¿Pues, de qué?

ENRIQUE: ¡Ah, claro! Bien, razón;  
que eres el médico. Bien.  
Estoy regular bien; ya lo ves,  
de nuevo he emprendido ~~mis~~<sup>mis</sup>  
paseos por la comarca, y no  
me canso en absoluto. ¿Tú,  
gracias a este ilustre galano  
que Dios quiso enviarnos.

RAFAEL: ¿A tu naturaleza. Eres  
más fuerte que un roble.

ENRIQUE: ¡Dígame de historias! ¿Que  
si tú no operas, ya estaría  
en el lago.

RAFAEL: ¡Pero, hombre!...

ENRIQUE: Nada, nada. Tú bien.  
Es lo que entonces, no hubiese  
hecho ningún médico. Velar-  
me a los pies de la cama, en  
las noches de invierno, sin tem-  
erme al contagio; alendarme  
hacia en los más ruidos de  
Ella, como una Hermana



58 / de la Caridad...; dejarán solo  
todo por salvarme!... Harte la  
sangre obcecista cuando la  
consulta! ¿Tú crees que no lo  
sé? ¿Te rebelaste un día ha con-  
-tra de todo.

RAFAEL: Mal hecho. No debió se-  
-irle.

ENRIQUE: ¿Por qué? Si ella tam-  
-bién te lo agradeció; si, al  
salvarme a mí, volvióte a  
ella la alegría... ¿Y el  
médico es el mejor amigo  
que tengo. Tú lo sabes, Ra-  
-fael.

RAFAEL: Sí, ya lo sé. Pero me con-  
-traña aquello. (Sa sienta)

ENRIQUE: Para mí, Rafael, la  
amistad es cosa única. Es...  
¿cómo te diría yo? Es... el  
espejo donde nos miramos  
cuando la alegría ó la tris-  
-teza invaden nuestra alma.  
¡Oh! Yo contigo he comprendido  
el valor que tiene un sincero

547

apreñón de manos. El amigo,  
el verdadero amigo, es cualquie-  
-ra de nosotros. (Pausa) Más de  
una vez he pensado una cosa,  
Rafael... Tu no tienes fami-  
-lia... Vives solo... ¿Por qué no  
te vienes a vivir con nosotros?

RAFAEL: ¿Con nosotros?

ENRIQUE: Sí. ¿No viviste durante  
el mes de mi enfermedad?  
Pues, ¿por qué no vivir siem-  
-pre? Te lo digo de corazón.

RAFAEL: (Zevantándose) No, Enrique.  
No puedo aceptarlo. Te lo agrade-  
-zco, créeme. Pero...

ENRIQUE: ¿Pero qué?

RAFAEL: La gente murmuraría ¿...

ENRIQUE: ¿Dijo murmuraría la gen-  
-te?

RAFAEL: Sí. Dirían que me pagas  
el restablecimiento de tu salud.  
Siempre sería el médico.

ENRIQUE: Para ello, sí. Pero, para  
mí, el amigo. ¿Sólo el ami-  
-go! Bah... Bah... Además, hoy

55 / razones para pedirlo. (Rafael  
le mira) Sí, hombre, sí... Sí. En  
quienes, será un exceso de inper-  
-nidad, de claridad de pen-  
-samiento; pero es así. Mira, Ra-  
-fael: yo, antes de casarme, era  
un hombre que no veía más allá  
de esta esquina. Era un pobre,  
sereno de corazón, sin ninguna  
clase de ambiciones, resignado  
a la vida. Y mi amadísima  
familia era como yo... y entre  
yo eran los amigos que me ro-  
-deaban. Pero la casualidad, - la  
- bendita casualidad, - puso a  
Isabel en mis brazos. ¡Oh, qué  
felicidad! Todo aquello, que  
permanecía como dormido den-  
-tro del alma, despertó con  
un alegre batir de alas. Me  
pareció que este amado y  
venerado hogar se inunda-  
-ba de luz y de armonías  
hasta a aquel momento des-  
-conocidas. Pero... ¡ay, anti-  
-go! Pronto verás que Isar-

56) bel no era como nosotros. Gabriel  
es un ángel que yo no merezco...  
Es un ser superior a quien vene-  
ro tanto como adoro. Este ma-  
trimonio coronó mi vida de  
felicidad; pero yo, que no soy  
egoísta, no quiero la felicidad  
para mí solo.

RAFAEL: Todo el que vive a tu lado  
es feliz. En ri que.

ENRIQUE: Puede ser. Bien lo quisie-  
ra yo. Pero no sólo de pan  
vive el hombre. Estas cosas  
del espíritu no basta sentir-  
las... Hay que expresarlas o,  
mejor dicho, ~~señalarlas~~  
~~señalarlas~~ expresar. Yo no  
sé cómo decirte, pero... Pró-  
ximamente una mano en la  
espalda) Mira, Rafael. Cuan-  
do te tengo al lado, me siento  
otro y estoy seguro de no que-  
darme atrás. Y entonces sí que  
soy el que quiero ser. Y es que  
nuestra amistad nos une  
de un estrecho modo, que una

57) parece como si cada uno lleva-  
-ra dentro de sí un trocito de  
la vida del otro, en su sangre y sus  
nervios. (Le abraza); Quédate  
con nosotros, Rafael! Anda:  
quédate. (aparece Don Magin  
por la puerta derecha)

MAGIN: Hola, Enrique. Buena Tar-  
des. ¡ Buen rato pasó con su abue-  
ta! ¡ Qué simpática, era buena  
señora! Y, en cuestión de po-  
-tencias, una maestra. ¡ Madre  
mía! Sabe más que yo.

ENRIQUE = Es su manía.

MAGIN: Yes que ya volvió, Don Rafael.  
¿ Qué? ¡ No le ocurrió nada? Ni  
la habra' visto...

ENRIQUE = ¿ A quién? ¿ Y que ~~cada~~  
había de ocurrirle?

MAGIN: ¿ Ah? ¿ No lo sabe Esclavía?  
Pues que el mozo <sup>el</sup> aquel, Ru-  
part, está en el pueblo y,  
según parece, ~~quiere~~...

ENRIQUE = ¿ El Rufart? Pero, ¿ no está  
previo?

MAGIN: ~~Si~~ Si, pero ha salido antes,  
que todos creíamos.

58)

ENRIQUE: ¿Te va a venir a amenazar ahora?

RAFAEL: A mí.

ENRIQUE: ¿A tí? ¡Ah, sí! Se acordará de... Es un cobarde.

MAGIN: Un cobarde. Pero se le ha dicho que envíese prudencia. Ya se cuidará la guardia civil de hacerle andar de-rechero!

RAFAEL: Yo no tengo ganas de escándalos; pero, si me encuentran, me encontrarán.

ENRIQUE: No, ~~Enrique~~ <sup>Rafael</sup>: Tú, no. Ya sabes que ese mazo me tiene cierto respeto. Haría de darte que acaso sea yo el único a quien oiga. Creo que no me costará mucho encontrarle.

RAFAEL: No quiero que veas, Enrique. Parecería una cobardía por mi parte, y eso sí que no!

59) ENRIQUE: ¿Tú, calle. ¿nos decíamos  
hace un momento?

RAFAEL: Por eso mismo.

ENRIQUE: Yo puedo arreglarlo. Ten-  
do tú, acaso habría sangre.

MAGIN: Tiene razón Enrique; tie-  
ne razón.

ENRIQUE: (Tomando su sombrero)  
Esperame hasta que vuelva.  
No diges nada a nadie.

RAFAEL: Como quieras.

ENRIQUE: Verás cómo yo empujo  
a ese gallito de feria. (Zu-  
ma el botón) ¿viene usted,  
don Magin?

MAGIN: Vamos, ¿te dejarás apo-  
-gar me en tu propiedad?  
(Savan por el mirador, don  
Rafael permanece plantado  
en medio de la escena. Hace  
unos algunos gestos como si  
llegara sola. Después sus-  
urra!)

RAFAEL: ¡Bah! Después de todo, no  
pesará nada.

(60) (Salen las hermanas —  
Melizgas)

JULITA: Buenas tardes, don Rafael

MERCEDES: Buenas tardes.

RAFAEL: Buenas tardes. Usted,  
siempre con un libro. ¿Versos,  
sin duda?

MERCEDES: Sí, señor. Versos. Un  
tomo de casas y Amigos. ¿No  
lo ~~ha~~ leído?

RAFAEL: No. Nunca...

MERCEDES: ¡oh! Es un poema misti-  
co, humilde...

RAFAEL: Entonces, no me gustaría.  
(Las hermanas se asombran)

MERCEDES: ¡oh! ¿quién dice?

JULITA: ¿quién dice?

RAFAEL: Lo que oyer. A mí los mis-  
tios no me gustan, ni en verso.  
¿Saben qué libro les ahora?

MERCEDES: No.

JULITA: ¿a cuál?

RAFAEL: Fausto.

JULITA: ¿Fausto?



61 / RAFAEL: ¿No lo conocen?

MERCEDES: Yo sí, don Rafael. Creo que es una novelita muy preciosa.

RAFAEL: (Sonriendo) Sí. ¿Y sabe usted por qué me gusta tanto esa novelita? Pues porque ese viejo doctor del diablo era un gran orgulloso. ¡Ah, mis buenas amigas! ¡Felicidad el hombre que, por sus méritos, pueda permitirse ese lujo! (Si quieren hablan- do cerca del mirador. Por la primera derecha aparecerá una Rosario, apoyada en María Luisa. Esta trae un bastidor de bordar.)

ABUELA: ¿Y saber por qué se respira tan bien en nuestra casa? Pues porque en ella se vive san- tamente. Yo creo que mi buen- sino padre, que está en gloria, debe haber escuchado, en lo

62) aún del cielo, una masía  
como ésta. (Se sienta en una  
poltrona de la derecha. Las  
Hermanas ríen), ¡Ah! ¡Sois  
vosotras?

JULITA: Sí, Abuela.

MERCEDES: Con don Rafael.

ABUELA: Es la diátesis de ocultar  
en ~~de~~ particular: <sup>atiende más</sup> ~~mejor~~ ~~pasa~~  
a los que gozan de salud que a  
~~los~~ <sup>los</sup> enfermos. Habilidades  
de cada uno, ¿verdad doctor?

RAFael: Cuando usted lo dice...

(Llega por la derecha Doña Isa-  
bel. También trae en la mano  
un libro bellamente encuader-  
nado)

ISABEL: ¿Cómo estáis a oscuras?  
casi no se ve. (Se ha cami-  
ñado de vestido, y lleva  
ahora una bata de seda  
oscura)

ABUELA: ¡Ah, sí? No lo había ad-  
vertido. A veces le gusta a  
una hablar a oscuras. Me  
hace el efecto de que ~~se~~

63) hablo sola y me respondo al  
eco. A oscuras se suelen de-  
cir las cosas más atrevidas.

ISABEL: ¿Se le va a declarar al-  
-guien a oscuras, abuela?

ABUELA: Es mucha curiosidad. (Ri-  
sas. Isabel enciende la caja); Buenas  
noches nos di Dios!

LAS DEMÁS: ¡Buenas noches!

ISABEL: (A Rafael) Doctor... Esta no-  
vela, que usted me regaló, es  
una maravilla.

JULITA: ¿Cuál es?

MERCEDES: ¿Fancito?

ISABEL: ¡Oh, no! Madame Bovary...  
ha devenido Madame  
Bovary... Vive por un amor  
que no encuentra; un amor  
que siempre se le escurre de  
las manos.

ABUELA: No las apretará demasiado.  
(A María Luisa) ¿Cuándo, en ese  
libro?

M. LUISA: No, señora

ABUELA: ¿Enrique? ¿No está? No le

64) le vió. Me extrañe que <sup>est</sup>  
~~no~~ esté aquí. Al amanecer  
siempre está en casa.

RAFAEL: Vinos ya antes.

ISABEL: ¿No le dije con Magin?...

ABUELA: No me ha dicho ni una  
palabra. Está boticario, con  
su barba de chivo, cada  
día parece más Esult.

(Vuelve con Magin por el mi-  
radiv. Trae un carro de bo-  
lica)

MAGIN: Buenas noches.

ABUELA: ¿Es usted? ¿Es Enrique, donde  
lo dije? ¿~~Volverá pronto?~~ ¿Sabe  
si volverá pronto?

MAGIN: ¿Si volverá pronto? (Sin saber  
qué decir) Si... Yo creo... Yo creo  
que sí. ¿Oís un protección!

ABUELA: ¿Oís un protección? ¿Qué  
quiere usted decir?

RAFAEL: (Rápidamente) No... con Ma-  
gín quiere decir que volverá  
pronto... y que, por venir tarde, le  
hubiera podido pasar algo  
en el camino que oís un protección.

657

MAGIN: Eso... ¡eso! Yo creí encuen-

-trarme aquí... y por eso te  
traía este carro que se pue-  
le quitar. (Enseña el carro que  
trae)

RAFAEL: ¡A ver? ¡Oh, sí! Precioso...

ABUELA: ¡¿Qué es? Un boté de far-  
macia. ¡Una ma-

RAFAEL: Un boté de farmacia; un  
magnífico carro de botica-  
-río!

ABUELA: ¡Magnífico? ¡Si es un  
boté de Hipocamano!

MAGIN: No; no, oña Rosario. Has-  
ta ahora no he tenido más  
que ~~ning~~ raíces de una ma-  
da vid. (Señala por el mira-  
dor Enrique)

ENRIQUE: Buenas noches. Buenas  
noches, Isabel. (Besa a la  
Abuela) Perdona, abuela, si  
es un poco tarde. (Por el carro  
que la Abuela conserva en  
las manos); Oh!.. El magní-  
fico boté de don Magin!

66)

gracias, hombre. Mil gra-  
-cias. (Lo coge y lo encien-  
pla en brasa), acaso no  
se encuentran otros tan anti-  
guos! (Lo coloca en la rapisa  
de la chimenea. María Luisa  
borda. Mercedes lee. Julián  
can cose. Isabel también  
lee. Breve pausa)

ENRIQUE: ¿Todavía no vino el  
Acalde?

MAGIN: No tardará mucho. (En  
tres horas, se reunirán, hablar,  
brevemente, aparte)

RAFAEL: ¿Qué ha pasado?

MAGIN: ¿Te ha visto?

ENRIQUE: Ya se explicará. Nada  
importante. (dejado la  
voz) Si está delante del Ac-  
calde Carda, comenzaremos  
solo la partida. (Pausa. Se  
respira el bienestar de un  
lugar feliz. Enrique se sien-  
ta en el sillón de la iz-  
quierda. Rafael habla

67)

en un boja un Mercedes y  
Julita, su magin permanece  
al lado de Enrique, maria  
hija, después de un silencio,  
se levanta y desaparece por la  
gran puerta de la derecha.  
¿ Sabe la sigue con la uni-  
-vada. El reloj de la estan-  
-cia de siete campanadas

JULITA: Ya son las siete.

MERCEDES: Si. Han dado las siete.

ENRIQUE: (Mirando el reloj) Cierta.

Son las siete. (Otra pauca) A  
Du magin) Es el Alcalde vic-  
me más tarde que o un día  
de fiesta.

MAGIN: Eso parece.

(Se hace Pero Puz por el  
puerto)

P. PUIE: ¡ Buena noche!

ENRIQUE: ¡ gracias a Dios, hombre!

Mira: ya ¡ vamos a empe-

-zar. (Salen maria hija

68)

con unas zapatillas, que conoca  
a un pien de Enrique) Gracias,  
pequeña. (Isabel mira a  
Rafael, sonríe) No se está  
en casa en las zapatillas; ¿ una  
ría buena me adivina el  
justo. (Va a quitarse las zapatillas, efectivamente)

P. PUIG: No te pongas las zapatillas.  
Enrique Sureda. (Él  
es un aficionado del Alcalde  
Suena de modo extraño en  
de casa)

ENRIQUE: ¿ Por qué?

P. PUIG: (Forzándose para hablar)  
Porque... debes venir  
con migo.

ENRIQUE: (Suprindiendo) ¿ Contigo?

P. PUIG: Si... Es preciso.

ISABEL: (Terminándose) ¿ Pues,  
qué pasa?

P. PUIG: No, nada... Pero...

MAGIN: Señor Alcalde: ¿ por qué  
no habla con el tono de siempre?

- vive?



69) ABUELA: Parece como si estuviera  
asustado.

ENRIQUE: ¿Es que...? Pero, no... ¡sí!  
no tiene importancia!

ISABEL: (Que ~~mirar~~ <sup>ha</sup> ido al  
mirador) Abajo hay mucha  
gente.

RAFAEL: ¿Cómo? (Va a mirar)

ABUELA: Dime, hijo. ¿Qué signifi-  
fica esto?

ENRIQUE: (Sin saber qué decir) No  
lo sé, abuela... No lo sé.

ISABEL: ¡Sí también hay una pareja  
de la guardia civil!...

ENRIQUE: (Con un grito de sorpresa)  
¿Qué?... ¿Entonces, el Ru-  
fat?...

P. PUIG: Nada puede decirse toda-  
vía. (Ee medios queda ale-  
vado en el fondo)

ABUELA: ¿Ee Rufat? (Las dos  
hermanas también repitan  
este nombre)

P. PUIG: ¡Sí... Se han peleado...?

70) ABUELA: ¿Fui... y ese granja?  
Pero, ¿por qué? ¿con el Rafael?

ENRIQUE: (Que, como siempre, tiene  
el arráyan de flor de labios) No,  
Abuela; no ha sido por mí.  
Lo hice por un amigo. (Mira  
a Rafael) Pero no creía...  
no creí que fuese tan grave.

P. PUIG: Nada se puede decir to-  
davía. Nada se puede de-  
-cir... Pero ahora...

ENRIQUE: Sí, sí... Vamós.

RAFAEL: Yo voy con vosotros.

ENRIQUE: gracias, gran amigo;  
gracias.

MAGIN: (Con voz velada por la emo-  
-ción) Yo también, Enrique  
sureda...

P. PUIG: (a la Abuela) Volverá en  
seguida.

ENRIQUE: (a Isabel); Adiós!

LAS CEREMONIOSAS: (Llorando ca-  
-lledamente); ¡Desmanés!...

71) (Los hombres se van. Ogenie  
y un grupo de voces que van ga-  
-jando. La Abuela permanece  
en la cabeza inclinada, in-  
-móvil. La mirada, fija en  
tierra)

ABUELA: tu lo has hecho por... tu lo  
has hecho por...

(María Luisa, que se había lar-  
-vado, cae de rodillas des-  
-carrado, y susurra al rostro en-  
-tre la falda de la Abuela)

M. LUISA: Abuela... abuela!...

ABUELA: ¡Mi pobre Enrique!

M. LUISA: Peró, no le pasará nada.  
¿Verdad que no?

ABUELA: No lo sé, hija mía. No  
lo sé... (Justando las manos)

¡Dios proteja a la casa de  
Sureña!

TELÓN.

# El Hogar

## ACTO SEGUNDO

### PRIMERA PARTE.

La misma decoración del acto primero. Han pasado tres meses. En escena, la Abuela Rosa-río se halla sentada en una butaca a la izquierda. Escucha, conmovida, la pieza que toca al piano María Trisa o sentada cerca del piano, Julieta Corda; su hermana Julia, con unas tijeras, las clavellinas del mirador. Mediodía.

ABUELA: Creo recordar, María Trisa, que no es así. Ahora es cuando la canción hace... (La canta María Trisa, que se había detenido, recordando su ejercicio musical) Bien, trijitán, obligada; muy bien. Los dedos ya no me responden; pero antes, no

Y creas que te digo por alabarme,  
- ¡eso sí que no, yo me conozco! -  
el piano tocaba cuando yo enca-  
be esta canción.

M. LUISA: (Tando al lado de la Abuela)

¿Y de donde la trajeron?

ABUELA = No lo sé. Ya mi padre la  
cantaba. Yo, de niña, logré to-  
cársela al piano; y, desde enton-  
ces...

JULITA = ¡Oh! La Abuela Rosario enca-  
be esta canción, que daba gusto  
oírta.

ABUELA = ~~Las~~ Las frailes monjes que en-  
tonces había en Salís, de Calera  
me enseñaron un poco de mi-  
sica.

M. LUISA = ¡Por eso!

ABUELA: (Recordando) Más de una  
vez acuné con ella al pobre  
Enrique... Parece que te oigo...  
Me decía: "Abuelita: ¿no cantas  
la canción? ... ¡aquella de los  
ángels?" Y oyéndola, se quedaba

3 / ba dormido como ellos. (Pausa)  
Este piano, a pesar de ser viejo,  
no lo cambiaría por ninguno otro  
del mundo. (La Abuela queda pen-  
sativa) ~~con la cabeza inclinada~~

M. LUISA: ¡Qué lindo es eso que vos  
das, Julita!

JULITA: ¿Te gusta? Es para un co-  
jín. El marino de la ~~abuela~~ ab-  
-uela está estropeado. Y ahora...

M. LUISA: Quedará muy bien.

JULITA: ¡Ta lo creo! El dibujo es de  
Isabeli se dejó en ojo y ~~la de~~  
nos. dos.

MERCEDES: (Desde el mirador) Abuela:  
me parece que esas clavellinas  
deberían bajarlas al jardín. Les  
daría más al el aire. Aquí,  
tengo que acaban un reclutari-  
-do.

ABUELA: ¿Qué dices? ¿A ver?... (Va al  
mirador) Sí... ~~no~~. Tienen razón.  
Están demasiado abiertas ya. Las  
flores son como las enaivoras: se  
en cuanto asoman las orejas,

4) se desee de la casa encierra. Mañana  
viana hará que las bajen. ; Todo fue-  
ra tan sencillo como esto. ( Vuelve  
a su buñaca. Si lencio. luego. dice como  
pensando alto ). Si Estaría  
Enrique invase, - ; Oír no lo quise,  
para unos meses, había que pensar  
en llevarle manías. ; Que Oír debe  
de hacer por allí abajo. ; Debe de  
halar los huesos.

MERCEDES = ( Jugennamint ) Pero,  
abuela, ; si aún no ha empezado  
el invierno!..

ABUECA = ( después de mirarla ) Estás  
dejada de la mano de Oír, Mer-  
cedes. ( Las Hermanas se miran ).  
No la comprenden. Oír si lencio  
( breve ) Ahora que no se encuentra  
entre nosotros, advertimos mejor  
lo que acompaña un hombre en  
una casa.

M. LUISA = Cierzo.

MERCEDES = ¿ en que encuentra la sueña  
de su Rafael, que complejando

57 La voluntad de nuestro herma-  
no, no nos ha dejado ni a sol  
ni a sombra.

JULITA = Es un gran amigo, un Rafael

MERCEDES = Un entrañable amigo.

ABUELA = Mirad, niñas... ¡Gracias  
hacerme el favor...<sup>(de ver,</sup> si ese capor-  
-rro de Chortito ha soltado las  
palomas, como te tengo dicho?

MERCEDES = Sí, señora. Ya lo creo.

ABUELA = Pues... vamos, vamos...

MERCEDES = Pero antes, dejarse el cor-  
-dado en el cuarto.

ABUELA = ¡Tu que quieres, hija!

MERCEDES = ¡Vamos, Julieta?

JULITA = Vamos, Mercedes. (Murris)

ABUELA = ¡No puedo! ¡No puedo! Estas  
mellizas me atacan los nervios.  
¡No viste en qué veneración ha-  
-blan de ese presunido de Don  
Rafael?... ¡Don Rafael!... Un  
día nos lo encontraremos sen-  
-tado a la mesa, ya lo verás.



6) M. LUISA: Su Enrique le dejó en-  
comendada la casa. Creo re-  
cordarlo.

ABUELA: ¡ Calle! ¡ Calle! ¡ Tú ¿am-  
bien? ¡ Aunque se le haya enco-  
mendado. Yo, que soy alguien,  
no lo encuentro bien. ~~Por~~<sup>Es-tu</sup>, mien-  
tras que la Abuela viva aquí,  
no es más que <sup>la</sup> casa de Sureda;  
¡ y sólo un Sureda ha de lle-  
varla! Yo me entiendo. No soy  
un cerro a la izquierda Esdevia.  
Todos los obreros quieren a Enri-  
que como a las uñas de sus ojos  
--- y le recuerdan demasiado.

M. LUISA: También su Rafael sabe  
hacerse querer.

ABUELA: ¿ Querer?; ¿ Quié sabe tú!  
Es un orgulloso, que no da na-  
da gratis. (Pausa)

M. LUISA: Yo lo que no encuentro  
bien son los viajes tan brevemente  
de Isabel a Barcelona.

7) ABUELA: ¡Esa es otra!

M. LUISA: Ya sé que es por el bordado del pendón; pero... no sé qué le diga... Si yo enviase un marido en la cárcel, no tendría dinero para salir de casa.

(La Abuela la acaricia)

ABUELA: ¡Hija mi vida! (Aparece por el mirador con Magin)

MAGIN: Buenos días.

ABUELA: Buenos días, don Magin. (Ay síssa) ¿Qué? ¿Sabe algo nuevo?

MAGIN: Nada, señora. Pero tengo fe en que pronto sabremos algo que nos alegrará.

ABUELA: ¡Oís lo oiga!

MAGIN: ¡No me va a oír! Si todo va bien... Es la mañana el alguacil me ha dicho que el Alcalde tiene que ir a la ciudad a declarar otra vez.

ABUELA: El Alcalde es hombre de corazón

8) MARGIN: ¿Sabe quién irá también?  
El vecino J, según mis noti-  
cias, hará una buena obra.

ABUELA: No puede ser de otro modo.

MARGIN: Sí, señora, es verdad. Porque,  
en fin de cuentas, ¿qué daño hizo  
Enrique? Ninguno... Casi, casi un  
bien. Pero, es claro, la justicia...  
es la justicia; y, de momento,  
ha de hacer averiguaciones, y...  
etcétera, etcétera, que diría el  
Alcalde. Pero todo llegará; y  
ya verá, señora, cómo la cosa  
no pasará adelante.

ABUELA: Eso espero.

M. LUISA: Oh Enrique no quería ma-  
tarle. —

MARGIN: ¿Qué había de querer! Uno  
que presenció la disputa lo ha  
dicho claramente. El Rufián,  
que estaba bebido, puso a po-  
nerle la mano encima... y él  
le dio un empujón, que le hizo  
caer. —

9) ABUELA - Pero, ¿por qué fue? ¿Por qué fue a buscarle?

MAGIN - Creía en su propia bondad y que todo el mundo la quería.

ABUELA : ; Si no hubiese sido por el médico!

MAGIN - Tiene usted razón: yo también lo he pensado. No soy de los que la quisieran mal, - yo me conoce usted, - pero ahora... hacia le tengo un poquito de rabia. Por su culpa no tenemos en el honorable lugar <sup>de los</sup> Sureda al más honrado de los hombres. Y perdome, Abuela Rosario, si hablo de esta casa como de algo propio. ; Hace tanto tiempo que me siento en estas sillas! Se respira aquí tanta paz... ; tanto bienestar! Al revés que en mi casa. Mira usted: ¿o cree que soy casado de toda la vida; bueno, pues a pesar de ello, todavía no he perdido a ningún ~~hombre~~. En casa, nada está

10) en orden; y la primera desordenada es mi mujer, que la pobre, de Esdo tiene ~~una~~ una de ama de casa.

ABUELA: Pues ya seña hora.

MAGIN: Cuando estoy en casa, me encuentran más viejo y me doy cuenta de que no tengo dientes. Parece menor cosa me cobrado. ¡Cómo comprendo lo que dice Enrique!; "Si en la casa donde has nacido vives bien, no te notes envejecer."

ABUELA: Gran verdad, Sr Magin.

MAGIN: ¡Una casa como ésta! Nada de extraños típicos que el médico se encuentre en ella encantado. <sup>B</sup>

ABUELA: Demañado bien acaso.

MAGIN: Si no se mueve de aquí ni a sol ni a sombra. En fin: ¡hacia los enfermos se quejan! Al chico mayor de los canalla ~~le~~ he ido a ver Dorlezo, que, <sup>B</sup> ¡Madre mía! no sé de la ni- <sup>B</sup> ~~sa~~ la media. Y ella, por los

11) Garrigales. Ahora los he visto,  
que corrian carretera adelante.

M. LUISA: ¿i Corrían?

MAGIN: Quiero decir... encima de los  
caballos.

ABUELA: (Sorprendida) ¿i Et decir con  
ella?...

MAGIN: Sí; con ella. Et miraba la  
yegua blanca; ésa que tanto  
quiere Enrique. ¡Me ha dado  
pena, me da crearme! (he  
Abuela calla. Pansa)

ABUELA: ¿i quiere usted esperar?

MAGIN: Sí señora; no quiero que  
se chivó de los caramelos aca-  
-be en mis manos pecaadoras.

ABUELA: Entonces... lo que usted  
quiera. (he Abuela suspira.  
Se le ha quedado pensativa.  
Y opuñada en M. Luisa hace  
meñeta por el primer termino  
olereber su Magin enciempla  
en atención el retrato del  
Abuelo Surede. Experiencia)

12) mente se va ca la cabeza,  
dice amudunra!)

MAGIN: Muchos ojos, on Felipe, ¡muchos  
ojos! (Se da sala grande de la  
derecha sala Monsa, casi es-  
-trriando) Tii, uina: ¿dónde va  
tan depisa?

MONSA: Los señores... Que llegan  
los señores.

MAGIN: ¿Que señores?

MONSA: ¿Que qué señores? ¿Qué  
nes van a ser? (Con ampu. Esti-  
-dad) ; oina Isabel y on Ra-  
fael!

MAGIN: ¡Ah! ; ¡Ja!... La señora... y  
el otro...

MONSA: Usted me perdona... (Boja  
rápida por el mirador on  
Magin se decide)

MAGIN: ~~V~~<sup>Oye...</sup> Espérate que...  
(apara con por la puerta que  
cu dore a' le ayica Churliés)  
Batisteta)

BATISTETA: ¿dónde va esa raia

13) ¿sabía?

MAGIN: Abajo. ¿no, también:  
(Muñis por el foro)

BATISTETA: ¡Uy! ... Nadie para en la  
casa cuando llega la casaca.

CHORLITO: (Bon tenor); Calle Batisteta!  
No hables. ~~palabras~~. Hay ~~lo que~~ / 70:  
¡échale todo a la espalda! Nosotros  
no somos nadie.

BATISTETA: Claro que no somos nadie.  
Pero la gente, que <sup>es</sup> ~~es~~ más que  
nosotros, habla y ... ya ves:  
nosotros, que somos menos que  
la gente, escuchamos. Y sabe-  
mos cosas que no deberíamos  
saber; pero, como los demás les  
dicen: ...

CHORLITO: ¡¿quienes son los demás?

BATISTETA: Los que son más que nosotros.  
(Vuelve Monsa)

MONSA: Suben los señores... y si os  
ven... (se aparece corriendo)

BATISTETA: Nos ha llamado ganado, ya se  
sé. = 70, no. Primero traíre. (Suben

CHORLITO: 70, no. Primero traíre. (Suben



14)

<sup>se van por</sup>  
~~de~~ escalera de la  
azotea) (Por el mirador entran Isa-  
bel y Rafael, con trajes de mo-  
zar)

ISABEL: Don Magin tiene razón. Aban-  
donas a los enfermos. Eres el me-  
dió de la localidad, no hay que  
olvidarlo.

RAFAEL: ¡Al diablo el curidico! ¡A mí  
qué me importa! Si ya alcancé lo  
que más quería: volver siempre a  
tu lado

ISABEL: Verdad; pero...

RAFAEL: ¿Qué?

ISABEL: Me parece que no eres feliz.

RAFAEL: ¿Qué dices? ¿Que no soy ve-  
-lig a tu lado? Mira... (Entra  
trump la escena Moussa, que  
trae, en una bandeja, una jarra  
con agua fresca, una botella de  
anis y dos copas. Coloca el servi-  
-cio sobre la mesa y desapare-  
-ce en seguida)

15) ISABEL: ¿Tienes sed? El agua  
está buena y el día es calu-  
roso. (Sirve el agua en el  
anís)

RAFAEL: gracias. (Beben. Isabel  
no pierde de vista al médico.  
Ella va al mirador; ella son-  
ríe; comprende el estado de  
ánimo de él. Se le acerca y  
le pregunta afectuosa, ~~ponien-~~  
~~do una mano por el apogando~~  
una mano en su hombro)  
¿Qué ibas a decirme cuando  
de prisa saliste? Me de-  
cías: "Mira". ¿Mira, qué?

RAFAEL: (Abrazándola apasiona-  
do) ¿Cómo quieres que no sea  
feliz a tu lado? Me haces de-  
ir, créeme, dudando de  
ello. ¿No ves que lo he dejado  
por ti? Quiero olvidarme  
de todo.

ISABEL: ¿Quieres olvidarte de todo?

16) Luego hay alguna cosa  
más que te aborrezca.

RAFAEL: (Ondando) No... No... (Ella  
saca un cigarrillo)

ISABEL: ¿Me das fuego? (Rafael se lo  
da) gracias. (Orina de sí mis-  
ma); Eres un niño grande,  
Rafael! Onda... Tiene miedo...  
Pero no me gusta. Disfruto más  
cuando me roban un beso que  
cuando lo doy.

RAFAEL: (Pensativo) Es que... Es que  
hay momentos... (Pasándose la  
mano por la frente) Ahora que  
estás lejos, no puedo olvidar  
me de Enrique

ISABEL: (Lanzando una bocanada  
de humo) Me lo tenía. Pero,  
si quieres... (~~Una pausa~~)

RAFAEL: ; No! No acabes. (Una pausa)

ISABEL: Tu me creíste siempre que  
el amor es ciego.

RAFAEL: (Abrazándola) Sí; El amor

17) es ciego! Cerramos los ojos; y, con los ojos cerrados, soñarás sólo contigo.

ISABEL: ¿Quién es capaz de resistir una pasión?

RAFAEL: Nadie. El amor es una vibración de los corazones.

ISABEL: Pero, en nosotros, un sentimiento quieto, abogado, dominado por el cerebro.

RAFAEL: Quieras volverme loco. Para mí, tu marido no era tal esposo. Le veía enfermo en la cama; y allí, acurrucado, me parecía que estaba muy lejos de ti; como si fuese de otra familia. Y tus ojos, tus palabras y tu figura, de ducina soberana, me cautivaron. Dentro de este lugar no había para mí más que el ama. El enfermo no era el marido. Era... el enfermo nada más; y yo, que venía a curarlo, cuanto más venía, más sentía

que en mi pecho <sup>se alzaba</sup> ~~alzaba~~ mi  
 pasión hacia tí. Y, como ahora,  
 no encontraba el momento de  
 irme; y no era por él... Era  
 por tí... que ya me esclavizabas.  
 (Besándole las manos); oh. ¡Isabel!  
 Si tú me dejases...; no sé qué  
 sabía de mí!

ISABEL: (Pasándole la mano por la  
cabecera) Y, ¿por qué ha de de-  
 -jarte, criatura? Esto ya ha  
 comenzado. Puede evitarse el  
 primer beso... después, los la-  
 bios se acostumbran y entón-  
 ces... (Voluptuosa) Él está  
 lejos... Esto, tan nuestro, no es  
 de ahora... (Opresión de sus  
labios) ¿quién puede tener una  
 pasión?

RAFAEL: (Besándole con apasionamiento  
to); Vida mía!...

(Él beso en cargo. Una pausa. Después  
se oye un claxon. En seguida, voces  
que dicen: "¡Isabel!; ¡Isabel!... ¡Dónde

19) ¿quién es Isabel? Ella viene a la  
realidad: para la mano por sus  
ojos, reaccionando

RAFAEL: ¿quién serán? CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

ISABEL: De seguro, Margot y Rosa.

RAFAEL: (Que ha ido al mirador) Sí;  
pero, con ellos, viene un joven.

ISABEL: (Que camina acude al mirador)  
¿quién?

RAFAEL: ¿No le conoces?

ISABEL: No... Mira... Me voy al escritorio  
a echarme una beta. Mientras  
tanto, recóbelo tú. (Hablando para  
si ~~me~~ al hacer minutos); ¡Qué locura!  
¡Qué loca! (Se va por la gran sala de  
la derecha. Suben desde el exterior  
por Margot, Rosa y Faviar)

MARCOT: (Es todavía dentro) Sabemos el  
camino... Ya lo encontraremos...  
(Ahora entran. Rafael, en tanto, se  
ha ~~por~~ limpiado los labios con un  
pañuelo)

ROSA: ¡oh! Rafael... El vasiguado  
Rafael...

20 / MARCOT: ¿Cómo estás?

RAFAEL: Bien. ¿Tus sobrinas?

ROSA: ¿Tusabel? No han dicho que estaba por aquí.

RAFAEL: Otra saldrá

ROSA: Javier: Te presento a mi querido amigo Rafael.

MARCOT: No, no. Hay que hacer bien las presentaciones. Don Ra... fe... el... ¿eh? Don Ra-ba-el. ¿Qué más? Bueno, me es igual. Con el Don basta y sobra. Porque has de saber que esta persona ~~es~~ nada menos que el médico de salto de cabra. Admirado por todo el mundo; y un investigador, como todos los médicos jóvenes. Y éste es Javier... Javier Solá. No se maraca al Don, porque ~~así~~ aún no le admiramos. (Tu de los hombres se estechan las manos)

ROSA: Pero se admiraríamos pronto.

Ha escrito un libro sobre el

21) amor, ¡bigirata!

MARGOT: Un libro de docencias  
páginas. ¿Tú crees, Rafael,  
que el amor da materia  
para tanto?

RAFAEL: ¿Lo crees que sí.

ROSA = (Riendi); ¡Oy, Rafael!; cómo te  
ves! Siempre has sido un senti-  
mental.

MARGOT = No lo creo.

ROSA = ¡Por qué?

MARGOT = ¿Médico, sentimental? Te  
oligo que no lo creo. Lo que es  
Rafael es un don Juan empa-  
-derado, maestro en la ciencia  
del amor.

JAVIER = ¿Tanto la práctica?

MARGOT = Eso no lo sabemos.

RAFAEL: Decid lo que queráis... Estas  
confunden el amor con la ilu-  
-sión

ROSA = No todas.

RAFAEL: Tú, no. Ya lo sé. Pero Mar-  
got ve siempre la vida de color  
de rosa.



22)

MARGOT: ¿Crees que no soy apasionada? Pues lo soy. Lo que siento es que todavía no he empezado con mi hombre. Pero... ¡ya verás cuando te encuentre!

JAVIER: ¿Quiéran hacerme caso? No le apasiona nunca. A los hombres — no les gustan las mujeres apasionadas.

MARGOT: Pero, ¡nosotras, los hombres apasionados, sí.

ROSA: Tenemos esa suerte.

JAVIER: Y nosotros, esa desgracia.  
(Risas.) ~~Se~~ (Vuelve Isabel. Le he puesto una magnífica bata japonesa, que se realza aún más su gentil figura. Margot es una chica a quien no basta ser moderna, sino que querría ser ultramoderna; y como tiene 22 años, es muy bonita, todo le cae bien. Rosa no es una cabeza desvencillada como su ami-

23) ga. Más juiciosa y sensata que ella, merece más la confianza de Isabel y es también más elegante que Margot. Su edad: 25 años. Javier es un mozo de 30 años cumpli-  
-do. Bien plantado. Acaso no ve  
nunca. de temperamento más bien  
frío. No habla mucho; pero, cuando  
habla, es un poco irónico].

ROSA: Isabel... Isabel...

MARGOT: ¡Ochocientos en el ojo!... (Se  
abrazan)

ROSA: Siempre, recordándote.

ISABEL: ¿? a vosotras. (Isabel se  
fija ahora en Javier)

ROSA: ¡Ah! No le conoces? Javier Solá.  
Le hemos pedido que nos acompañe.  
Luis tiene aún el cuello des-  
-tendido. Y si no hubiese sido por  
él...

ISABEL: (bándole la mano) agradecida,  
Javier, gracias a usted, por el  
saludo a mis amigos.

24) JAVIER: ¡, gracias a ellas, ~~yo~~ ~~me~~ ~~he~~ ~~podido~~ ~~conocer~~ ~~a~~ ~~usted~~.

Así que...

MARGOT: ¿Os de cont en ten. (Risas)

ISABEL: Pero... sent á os...

(Se sientan las dos amigas, las señ as permanecen de pie en el fondo)

MARGOT: Sólo est amos aquí de pa.

-50-

ISABEL: ¿on de vais?

MARGOT: Verás: vam s a Mont serrat.

ISABEL: (Est rañ ada) ¿A Mont serrat, vo s otras?

No lo pu edo creer. (Pulse un timbre)

MARGOT: Sí, sí... Es una prom esa de é sta.

ISABEL: ¿Tu ya?

ROSA - De j ala que diga. (Llega

Mou sa. Is abel le dice unas pa labras en voz baja. La don cellita ret ira la bandeja y las copas.

Mis mira ta en to do, Margot cont inúa)

MARGOT: Pro met os subir hacia allí ar riba; pero no como ellos per

25) irritantes, que suben con las pies descalzas o de rodillas... Rosa, no es más práctica. Subirá en auto. (Moussa se va)

ROSA = (Que ha observado a Moussa) Me quedo admirada. ; Tiene hasta 'camasaca'

ISABEL: ; Qué vas a hacer! Es una Brigada, al menos, del pasado.

(Javier se ha fijado en varios pequeños detalles de la casa, y comenta con Rafael. Isabel se aproxima)

ISABEL: Olerá usted a mafialina, ¿verdad? (Javier sonríe), Sí que la huelo!

ROSA: ; Hay que conocer a éste! Es un hombre práctico; pero de esos que creen que venerar las cosas pasadas es perder el tiempo.

ISABEL = (Interesada) ; Usted lo cree?

JAVIER = Sin duda.

RAFAEL: Entonces, si no cree en el pasado, ¿en qué cree?

26) ISABEL: ¿Eu qué ha de crecer?  
En el futuro, ¿verdad?

JAVIER: Usted lo ha dicho. En el futuro. Yo creo que un hombre sólo ha de vivir para alcanzar aquello que aún no tiene. Para mí, la vida es un viaje... El pasado no cuenta; y el presente es... ¿cómo lo diría yo?... es la sala de espera.

RAFAEL: ; Usted es un materialista!

ISABEL: ¿ Tiene razón para serlo.

ROSA: A buen seguro que éste me debería contentar en mi casa. ¿ Me engañó o no?

(Sale Rosa con una botella de licor y las copas correspondientes. Coloca todo en una mesa, ~~levanta~~ <sup>levanta</sup> las copas. El día lo continúa)

JAVIER: Aquí todo está dispuesto y <sup>colocados</sup> ~~repetidos~~ a la antigua.

ROSA: Todo pide aquí miriñaque peruana.

27) ISABEL: En realidad, tenéis razón.  
¡Somos nosotros tan diferentes  
de todo esto! María en sus es-  
tudios. Aquí todo al mundo  
está catalogado, María los pa-  
-lomas del jardín.

MARCO: ¿Qué dices ahora?

ISABEL: Lo que siento. Es tan pobres  
animallitos, aunque los dejasen  
volar, se han acostumbrado tanto  
a su nido... ¡que no hay temor  
de que se escapen! Y si alguien  
ahora quisiera intentarlos, no  
sabrían. (Moussa ha servido,  
se retira. Los dos amigos celebran  
Isabel ofrece, primero, una copa  
a Rafael y luego a Xavier, que  
se ha fijado en el piano)

JAVIER: Gracias. Un piano antiquísimo...  
Lo tendrán para que haga bo-  
nitos... Porque no eres...

ISABEL: Sí, señor. Crealo usted, ¡algun-  
na vez ~~se~~ se cantará en él!

28) ROSA: ; No puede ser!

MARLOT: ; Sarà por máter quido?

JAVIER: (Prescindida) (Faclean to un  
poes en el) Para mis un piano

viejo, en las merdas que se no  
vibran, es un chisme inútil. Es  
como un cuerpo ~~tanquillo~~ que san-  
pa un lugar que no se pertec-  
rece. Y no me lo explies....

Porque me hablan dicen que  
usted es un espíritu moderno.

ISABEL: Verdad. Nadie que me so-  
noce pueda explicar esto.

RUFANEL: Isabel toca muy bien el  
piano.

ROSA: ; ¿Este, no lo puede tocar?

ISABEL: ; Jamás! No he podido  
jamás! (Obsidida); Hará que se  
lo eleven!

ROSA: ; ¿Harás muy bien!

MARLOT: ; Hija! Yo no sé cómo pue-  
des vivir en este archivo de re-  
cuerdos... (Un recominado de  
betes. Vuelven las copas a la Gan-

29) deja una pausa. Y Isabel, que que-  
dó pensativa, dice ahora:)

ISABEL: Doctor: ¿quiero acompañar  
al jardín a Margot? La otra vez  
te llevaste un canastillo de fra-  
-sas. ¿Te acuerdas? Ahora no  
las hay. Pero hay rosas; muchas  
rosas... y como se veiente que-  
-ran.

MARGOT: ¡Muclos!

ISABEL: Por eso. Au de d; que misa-  
-ras bajamos en seguida.

JAVIER: ¿Confidencias?

ISABEL: Acaso, sí. (Acompañada por  
Rafael bajan al jardín Margot,  
Javier)

ROSA: ¿Y de tu marido, qué? ¿Sal-  
-drá pronto?

ISABEL: ¡Yo qué sé! ¿No has dicho  
nada a Margot?

ROSA: No. Te juro que por mí no lo  
sabe nadie. En Javier me he es-  
-trañado. ¡Ha hablado de una  
manera!... (Isabel con.



(Testa) Venía gran interés por conocerle. Le han llamado muchacho de Tzabal... "la mujer de las horas ideales", como le llamaban.

ISABEL: ¡La mujer de las horas ideales!... Pues ya me conoce. Las horas ideales han pasado, y ahora sólo vive las horas tristes... sin sol; Horas de renunciamentos.

ROSA: No te equivocas. Ojalá este contratiempo de tu marido haga que te aproximes más a él.

ISABEL: ¿Qué dices? ¡Imposible!  
 ¿No comprendes que somos... como te diría yo... como dos ríos que corren muy distanciados? Ya cada uno de nosotros tiene el camino perfectamente trazado, y nos deslizamos suave, serenos, serenamente,

31) como si en el fondo no pasara  
nada. Pero un día puede  
surgir la temperada y... (Se  
para agitada)

ROSA: Si la tienes, procura vencer-  
te a ti misma

ISABEL: ¿?... cómo?

ROSA: (Subrayando con el gesto la  
palabra); Renúnciate!

ISABEL: ¿?... ¿... en una lo dices? ¿Es  
que no me conoces? ¿No sabes  
que la renuncia sólo se hizo  
para mi temperamento? Ah...  
que quisiese, no podría. (Se  
sienta a su lado) Hace dos años  
que ~~estoy~~ <sup>estoy</sup> casada; en años, más de  
mi vida! Y nada ha parado  
mientras en nada. Pero yo sufren-  
go consigo misma una lucha  
terrible. Yo todavía cuando, cada  
mañana, me despierto, me crea-  
ta deslumbrarme a la idea de  
que me hallo en una casa que no  
es la mía... Y esa es la nube  
negra que me atormenta. No sa-

32) bré a los tumbos me nunca...  
; nunca! (se levanta); ¿tu no  
sabes la repugnancia que me  
causa el aire que a bocanadas  
respiro! (se cubre el rostro con  
las manos); oh! y pensar que está  
aire también lo de viciado otra  
persona...; Una persona que tiene  
ves al lado y que a quien, a  
la fuerza, soportas!

ROSA: Entonces, el día de tu casa -  
miénto fue para mí muy tris-  
te...

ISABEL: ¡El más triste de mi vida!  
(Horrorízase la por el recuerdo); ¿so-  
-davía siento el frío que me  
produjo el anillo del matrimonio.  
nis!

ROSA: Ves que odias a tu marido.

ISABEL: ¿tu lo has dicho; ¡le odio! ¡le  
aborrezco! Tengo odio a las per-  
-sonas, y a las cosas. Tengo odio,  
sin que lo merezca, a esa pobre  
vieja, porque ~~es~~ forma parte  
del alma de la casa. Aborrezco  
a esa góndola enausa de María

33) Luisa que, por honestidad o por lo que sea, no se atreve a decir a su padre Enrique que está enamorada. ¡Ay, si yo lo pudiera decir...  
(Sube desde el jardín María Luisa. Tras unas <sup>rosas.</sup> flores. Saluda con una inclinación de cabeza y coloca las flores en el jarrón. Después, busca un libro sobre el piano. Lo encuentra. Se da cuenta entonces de que el piano está abierto. Lo cierra. Pone derecho un retrato de la pared. Arregla los candilabros que hay sobre el arca. Saluda nuevamente, hace un giro por el corredor de la primera derecha)

ROSA: ¿Es esta la rival?

ISABEL: Esta. Yo no sé si quiere al amo porque venera el hogar... o venera el hogar porque quiere al amo. Para el caso es igual. Ya lo has visto. A pesar de no estar él, le trae las flores antes... Yo no ~~me~~

34) habia fijado advertido que  
aquel cuadro estaba mal colga-  
do, ni que aquellos cuadros  
no ocupaban su sitio... ni que  
el piano que tó abierto. Pero  
ella... es como la Abuela. ¡Vive  
para la casa!

ROSA: ¿La casa es la principal ene-  
miga tuya. (Vuelve Javier. Trae  
una rosa en el ojal)

JAVIER: ¿sabel... Rosa... ¿No bajan?

ISABEL: ¡Oh! Sí... En seguida. Amigo  
Javier; ya voy leyendo en su li-  
-bro.

JAVIER: ¿El mío?

MARGOT: (Desde abajo) ¡Que se tarde!

ROSA: Ya bajamos, ya... (Se va.

Isabel permanece pensativa.

Maximalmente saca un ciga-

-rillo. Javier se aproxima

para ofrecerle fuego, y le dice

¡pues a pues!)

JAVIER: No lo piense más; que el  
pensar enveja.

357

ISABEL: He dicho usted que el pasado no alarga. ¡ Con cuánta razón!

JAVIER: (Cogiéndola por un brazo)  
¿Entonces?

ISABEL: Entonces... hay que arrin-  
cunar todo lo que a aquellos  
que nos lo recuerda dema-  
-siado... ¿No le parece?

(Se miran. Él dice que "sí"  
en la cabeza. Y se dirigen am-  
bos hacia el mirador)

TELÓN.

No encontramos en la misma sala de la casa de los Sureda. Pero la vemos totalmente cambiada. Las muebles antiguos desaparecieron y los han sustituido otros modernos. Tampoco está el piano, que tanto entretenía a Isabel. Las lámparas han sido cambiadas, y las ~~paredes~~ paredes, nuevamente pintadas en tonos claros. Los retratos también fueron retirados y en su lugar figuran cuadros modernos de bellísimos marcos. Sólo fue respetado el retrato de Federico Sureda. La acción, al caer la tarde.

Al levantarse al día, las ceremonias, están en el

37) ra dir, embobada por lo que  
ven en el jardín)

MERCEDES: Es magnífico... magnífico...  
¿Verdad, Julita?

JULITA: Verdad, Mercedes.

MERCEDES: ¡Qué buena idea tuvo Isabel  
al comprándose un auto!

JULITA: Como todas las sugerencias; ¡al-  
ma di sí una! (~~El~~ Sube Monsa,  
desde el anterior; y, detrás de  
ella, el chófer)

MONSA: Por aquí... Cuidado con las  
alfombras. ¡Habrá que ir a orina  
y Isabel, si las mancha! (El chó-  
fer trae una gran caja, es un  
de audición)

MERCEDES: ¿Es el venido para la  
procesión?

MONSA: Sí. Doña Isabel se lo en-  
cargó en Barcelona.

JULITA: ¡Cómo le estará! (Hacen un  
Monsa y el chófer por la puerta  
grande de la derecha) No ha re-  
gistrado en nada. El pendón



38) es una jofa.

MERCEDES: Ya lo creo. Una verdadera  
ra jofa.

JULITA: ¿Quién habría podido hacer  
todo esto? Nadie. ¿Verdad, Mer-  
cedes?

MERCEDES: Verdad, Julieta. Nadie.

JULITA: No olvides que es la mujer  
del Recen Sureda.

MERCEDES: ¡Pobre hermano! ¡Si la pu-  
diere ver!

JULITA: Verdad. ¡Si pudiera verlo!  
¡Pobre hermano! (Aparece Isabel  
por el mirador y, al mismo tiem-  
po, vuelve a salir el chofer)

ISABEL: Buenos días. ¡Ah! Cipriano,  
llevate el auto a la otra parte  
del jardín.

CHOFER: Bien, señorita. (El chofer  
hace ruidos)

JULITA: ¡Oh, Isabel!...

MERCEDES: Estamos encantadas.

JULITA: ¿Nos llevarás a Barcelona  
algún día?

37) ISABEL: Cuando quieras. (Julita  
está un poco excitada. Por el  
mirador entra María Luisa con  
un libro en la mano)

MERCEDES: ¿Verás que vestiste para  
la procesión.

JULITA: ¿Quieres que te ayude?

ISABEL: ~~En todo caso, ya os avisaré.~~  
<sup>Si acaso,</sup>

JULITA: ¡Oh! ~~Me impacienta (por verda!)~~  
<sup>¡Qué impaciencia (largo)</sup>

MERCEDES: ¿De qué color es?

JULITA: Negro. ¿o seguro que es negro,  
¿verdad?

MERCEDES: ¿La mantellina, ¿también.  
Bien es negra?

ISABEL: (Un poco nerviosa) También.

MERCEDES: En el jardín, todavía hay  
claveles.

JULITA: ¿Y vamos a cogérselos?

ISABEL: Más tarde. En el último  
momento.

LAS DOS: (al mismo tiempo) Como  
quieras.

ISABEL: (antes de hacer ruido) ¡Oh!  
¿Dónde?  
¿Sabes qué quería al marido?

LAS DOS: No....

M. LUISA: Yo, sí. Estaba nervioso. Ha preguntado por usted: si aún no había vuelto de la ciudad.

ISABEL: ¡Ah!... Bueno; pues... ya ~~le~~ he llegado. Si quiere algo, ya sabe dónde estoy. (Se va por la sala de la derecha) ~~Julita dice~~

JULITA: ¡Qué contenta está! Lo comprendo, lo comprendo.

MERCEDES: ¡Qué comprendes! (Julita habla al oído de su hermana, está se asusta); Julita!...

JULITA: (Avergonzada) Mercedes...

MERCEDES: ¡Que cosas se te ocurren, hermana!

M. LUISA: ¿Y la Abuela?

MERCEDES: Hoy está mejor, gracias a Dios. Creemos que saldrá hacia la Galerna para ver la procesión, que, como sabes, <sup>ahora</sup> llega hacia el final del término.

44) M. LUISA: ¿nosotras, ¿no iréis?

MERCEDES: ¡Sí, ¿a cuántas vesti-  
das! ¡Verdad?

JULITA: (Como un eco) Sí, ¿a cuántas  
vestidas.

MERCEDES: ¿y tú?

M. LUISA: No puedo dejar a la abue-  
la.

MERCEDES: ¡Ah! Claro.

JULITA: Claro es. Primero es la de-  
voción que la obligación.

MERCEDES: (Corrigiéndola, aunque con  
suavidad) Pero, Julita...

JULITA: ¡Ay, sí!... Quise decir al revés.

M. LUISA: ¿Los retratos que ~~tenía~~ aquí  
había, ¿dónde los colocarán?

MERCEDES: Creo que en el corredor; ¿  
algunos, en América alista.

(Pausa)

M. LUISA: (En voz baja y confidencial)  
La Abuela todavía no vio la sala.

JULITA: Por eso nosotros se lo hemos  
enviado todo.

42) M. LUISA: ¡Vosótras? ¡Y me teméis  
que cuando la vea?...

JULITA: Está bastante bonita...

MERCEDES: Verás cómo a Enrique,  
cuando vuelva, le gusta más.

JULITA: Estos cuadros son también bo-  
nos.

MERCEDES: Lo que me gusta es que  
no quisieran éste.

JULITA: A mí también.

MERCEDES: ¡Se parece tanto a aque-  
los hermanos!...

JULITA: Y que, además, ¡el mar  
es tan bonito!

M. LUISA: (Que no puede resistir más)  
¡Es increíble! ¡Incríble!

JULITA: ~~¡Incríble!~~; María Luisa... ¡Qué  
es increíble?

MERCEDES: Habla...

M. LUISA: Pero, ¿lo aceptarías así, en  
esta posición?

LAS DOS: ¡Qué quisieras decir?

M. LUISA: Os deshacen la casa...

os ponen muebles que no son  
 los vuestros, ¡y vosotras no en-  
 contráis bien! Pero, ¿no <sup>sentís</sup> ~~conducís~~  
 sangre en las venas? ¿Teneis  
 el corazón dormido? ¿No veis  
 que estos muebles no son los  
 vuestros, que los de la fami-  
 lia, los de la casa, los han  
 arrinconado como trastos vie-  
 jos... ~~condenada al juego~~ <sup>que no servirán ya</sup>  
 más que para encender la  
 lumbre? (Las Hermanas per-  
manecen boquiabiertas, sin  
saber qué decir) Y todo, ¡todo,  
 se ha hecho obedeciendo al ca-  
 picho y a la burla de una  
 advenediza.

JULITA: ¿Una advenediza? ¿Por qué  
 dices eso?

MERCEDES: ¡Jesús, Jesús!

447) M. LOISA: Pero, no...; no! La casa  
no se deshará. Volverán los  
muebles antiguos... los mue-  
bles de la vieja Sureda. Vol-  
verán los retratos de los anta-  
-pasados a enramblar estas  
paredes; y volveremos a ver la  
figura de Tom. Hacia el pia-  
no, el viejo piano que ~~fo~~  
tocaba la Abuela, estará de  
nuevo entre nosotros... y lo  
verá todo el mundo; todo  
el mundo! Ahora esto, mi pa-  
-ra mí, mi para la Abuela, es  
el antiguo hogar. Esto es una  
cripta, una nave desolada!  
Y cuando alguien habla o plo-  
-ra, parece que resucian las  
palabras y las lágrimas! (Calle,  
venida por el ~~del~~ <sup>llanto</sup>; las Her-  
manas, que han comprendido  
lo que Maria Luisa ha dicho,

45 } muranuran, más que dicen!

MERCEDES: Julita...

JULITA: Mercedes...

( Un breve silencio. Por el mi-  
rador llegan Rafael, Pietro Puig)

RAFAEL: ¿Y una Isabel, verdad?

MERCEDES: Sí.

RAFAEL: ¿Dónde está?

MERCEDES: En su cuarto.

( El médico, impulsivo como  
siempre, se dirige rápidamente ha-  
cia la derecha. Gran sorpresa en  
las circunstantes, en María Trisa. Pe-  
ro aquel se da cuenta y, satis-  
facido se dice ).

RAFAEL: ¿Saldrá pronto, no? Porque  
el señor alcalde la espera.

( María Trisa, impresionada, re-  
coge su libro y se va )

PUIG: Por mí, que no tenga prisa. Te-  
nemos tiempo. La procesión sale  
a las seis, todavía no han dado  
los cinco.



46) RAFAEL: ¿Y hace rato que vino?

MERCEDES: (Un poco estrañada por  
el nerviosismo del médico)

Muy poco.

JULITA = Ahora mismo. (Las com-  
pañerías se miran)

PUIG: Déjela. Dña Isabel es una  
señora, muy señora, ... y se pon-  
drá de veriticosos alfileres,  
como si lo viera. (Se sienta)

Yo mismo, - que ya me cono-  
ceis, - a pesar de mi manera  
de pensar, estrené traje nue-  
vo. Lo hago porque me han  
dicho que el otro Alcalde  
también lo hacía. Y, es cla-  
ro: ¿qué ha de hacer una  
autoridad? Yo, particularmen-  
te, soy laico; no me he ocul-  
tado nunca... Pero soy alcal-  
de. Y el Alcalde que es alcal-  
de, aunque laico, ha de estar  
a partir un piñón con los sa-

47 / cerdotes del pueblo. Esto es la  
democracia, que quiere salir con-  
vivencia... ¿No le parece, Don Ra-  
fael?

RAFAEL: (que estaba presupuesto) ¿eh?  
; Ah, sí!... Es claro. (Sale Monsa  
de la sala grande) ¿Viene la se-  
ñorita?

MONSA: dentro de un instante. (A las  
circunstantes) Les ruego que va-  
yan un momento.

LAS DOS: ¿Nosotras?

MONSA: Sí.

RAFAEL: Díganle que he llegado. (Las  
Hermanas se hacen muñetas con  
Monsa)

PUIG: Ahora que estamos solos, le diré  
una cosa. Ojalá Isabel se ha equi-  
-vocado. No les ha quitado ni  
poco ni mucho, ni menos aún  
sabrán lo sabrán reconocer...

RAFAEL: ¿Qué?

PUIG: ¡Esto, hombre, esto! Esto de

48) cambiar de muebles. ¡Uy!...  
Son muy aferrados a sus cosas  
en este pueblo. ¡Si lo sabría yo!  
Mira usted. Yo quería limpiar  
la casa del salón de sesiones...  
modernizarlo un poco. Pues el  
Ayuntamiento en pleno se opo-  
so; y por poco me cuesta la di-  
misión. No puedes cambiar una  
cosa a tu gusto; tiene que ser a  
gusto del que la ve. ¡Uy! Si no  
puede por los demás, esto de  
gobernar sería un camino de  
rosas. (Llega por el mirador  
Don Magín. Viene agitado, ner-  
vioso. Al entrar, no puede  
ocultar que le interesaría la  
visita del Alcalde); ¡Oh!  
¡El boticario boticario!; Nues-  
tro simpático boticario!  
¡Habrá usted puesto ya colgar  
lucas en sus balcones, eh? Por-

49) que la procesión me parece  
que para por allí.

MAGIN: Para colgarnos otros 20.  
¡Si supieran cuánto lo que ha  
pasado!...

RAFAEL: ¿i qué?

PUIG: Me asusta un poco. Es que

MAGIN: ¡Nada de "esques"! Senci-  
llamente, que el chico de  
la canela ha muerto.

RAFAEL: (Impresionado) ¿cuándo?

MAGIN: ~~Hace~~ ~~Hará~~ justamente una  
hora.

PUIG: Pues sí que... Un regidor  
muere en la procesión. Porque  
~~su~~ padre es regidor, ¿saben?

RAFAEL: Pero, ¿no decían que ha-  
-bían ido a buscar otros mé-  
-dicos?

PUIG: ¡Yaya por Dios! ¿irse a mo-

50) vir hoy, juriamante hoy, en  
que las campanas tocan a  
fiesta. Tendré que hacer algo...  
Por lo menos, cambiar el itin-  
nerario. No puedo permitir  
que la procesión pase ante  
la casa mortuoria. El do-  
lor, la desgracia, de un  
regidor ha de respetarse...  
Voy ahora mismo; voy...  
Y, no sólo como amigo, sino  
como Alcalde. Voy a darle  
el pésame en nombre de  
todo el Ayuntamiento. Lo  
juro y lo debo hacer. Te  
ruego que diga a Doña Isa-  
bel que volveré a buscar-  
la. (Al irse, agrega en voz  
más baja) Y no le hablen del  
muerto. ¡La buena señora es

51) Tan sensible!... (Mientras por  
el mirador)

RAFAEL = (Inquieto) Pero digame...  
El Doctor Roimer, ¿no le pe-  
de salvar?

MACIN: ; No ha podido. No señor,  
no ha podido. Llegó tarde...  
Esta es la palabra: ¡llegó  
tarde! (El médico se deja  
caer en una silla); ¿usted  
sabe por qué llegó tarde? (Una  
pausa) Usted... que hace tener  
-po que no se <sup>cuida</sup> ~~cuida~~ de los  
enfermos... viene otras  
prescripciones... la gente lo  
ve y murmura...; ¿con ra-  
-zón!

RAFAEL: ¿Razón, por qué?

MACIN: ; ¡Buen tra, usted me dirá!

Por fortuna para usted, la  
pequeñina de los Ribot se

52) ha salvado. Pero...; hay cada caso!... Usted no es el mismo, Don Rafael.

RAFAEL: ¿Quié quiere usted decir?

MAGIN: ; Si lo sabe usted mejor que yo!

RAFAEL: (Violento); A caberos de una vez!

MAGIN: ; Uy! ; Quié nervioso está el señor Oscar! El hombre ha de saber evitar la bola de nieve. Y usted, en este caso, no ha sabido evitarla. ; La bola de nieve le asfixiará! (Oan do mueltas a la boina) Piense que el bueno de Enrique puede salir de un momento a otro...

RAFAEL: (Tiendo a él, rápido) ¿Quié? ¿Quié piensa usted?... No es verdad, ¿? ; No es verdad!

53) (Le pone la mano al cuello).

MAGIN: Me aboga...; Me aboga...  
(aparece Isabel seguida por las  
Ceremoniosas)

ISABEL: ¿Qué es esto?; Con don Ma-  
-gin!...; y ahora!... (El pobre  
hombre ha quedado jadeante)

RAFAEL: (Que, no por solícito, ha cedi-  
do en su indignación), Salga!  
; Salga de aquí ahora mismo!  
; No quiero verle!

ISABEL: Pero, si el pobre hombre...

RAFAEL: (Fuera de sí); No me con-  
-tradigas! (Las Ceremoniosas  
ausan al tono, las palabras.  
Mercedes habla al oído de su  
hermana, y ésta hace signos  
afirmativos. Dice Isabel  
permanece <sup>imposible.</sup> ~~invariable~~ Después  
de una pausa, dice:)

ISABEL: Váyase, don Magin. Hoy el  
Doc<sup>tor</sup> está nervioso y no



54)

no sabe lo que se dice.  
¿Verdad, don Rafael? (Otra  
vez a don Magín) Vayase; se-  
-rá mejor. (El boticario <sup>in-</sup>  
Énta recoger del suelo la  
boina, que se le cayó; pero no  
puede. Isabel se coge y se  
la da)

MAGÍN: gracias. (Y después de lan-  
zar al medico una reverso-  
sa mirada, hace un gesto por  
el mirador)

ISABEL: (a las Hermanas, con  
mucha naturalidad, como  
si no pasase nada): No  
queráis buscarme unos  
clavetes? Pues... cuando  
queráis. Y, si pueden ser  
rojos, mejor. Sobre el negro  
resaltarán más. (Las Cere-  
anoviosas permanecen de  
pie sin moverse)

55 / ISABEL: ¡Yauuu! ¿Es que ya no queréis?

JULITA: Sí...

MERCEDES: Sí...

(Las dos hacen un títi por el mirador. Como habrá podido suponerse, Isabel está ya venida para ir en la procesión. Recuerda su traje de la capital, por Semana Santa)

ISABEL: Esto no puede ser, Rafael!  
¡No puede ser! (Ee. calla. Isabel está nerviosa) Con unas pala-  
bras lo has hundido todo... ¡No  
saber ni dominarte los nervios!  
¡Es increíble! (Breve silencio)  
¡Virgen mía! ¿Qué habrá pen-  
sado las malizas? Era un  
amigo, un colegial. Nada  
más que eso.

56) RAFAEL: (Impulsivo) ¿Por qué  
vas tan pronto a Barcelona?; Con-  
téstame! (Ella le vuelve la es-  
palda y va al mirador) Si  
no tuvieses nada que ir  
atrajese allá abajo, no irías  
lo que vas. (Ella vuelve  
entonces rápida, con el rostro  
encendido. En este momento,  
para Batistola. Ha salido  
canturreando y, al ver a la  
pareja, se muda. Saluda y  
desaparece por la puerta de  
la azotea. Había salido por  
la primera derecha. Conviene  
hacer constar que la chica es  
maliciosa)

ISABEL: Mira, Rafael... no nos  
quemamos la sangre, que no es  
conveniente. Chillando no va  
amor a ningún lado. Ya una  
vez te dije que no me gusta-  
ban los hombres colosos. Se

57)

enferrunhar por nada, e se ha-  
llar a mercèd del primer mal-  
pensado que en encuentran. ; Eso  
es lo que yo no quiero! (accer-  
cándose: a il) ~~g. a il~~ figa-  
nta si: prãnder) ~~g. a il~~ figa-  
-migo, has de ser más frío, más  
reflexivo. Por suerte, los Me-  
lizas tienen un solo cerebro  
para los dos, y cabe pensar que  
no entiendan de la arisa la  
media... Pero, ; figúrate si  
llege a estar presente la Abue-  
la! (Rafael permanece muove  
la cabeza preocupado. Las ma-  
nos en la butaca. Después de  
una breve pausa, murmura)

RAFAEL: Eso que me pides tienes  
que hacerlo tú.

ISABEL: ; Yo?

RAFAEL: Si. Tú eres, de los dos, la  
que se deja querer. (Otra pau-  
sa. Rafael pasca ahora lenta-  
mente)

58) Yo soy un vehemente, lo reconozco; un apasionado. Tú eres todo lo contrario: sangre fría, cálido... Te aburrías en esta casa y necesitabas quien ~~te~~ distrajera tu aburrimiento.

ISABEL: (Ofendida); Rafael! No maravillas que me digas eso.

RAFAEL: ¡Si lo ves claro! He sido un inocente. Te he creído y he puesto en ti una ardiente pasión. Y ahora me <sup>espanta</sup> ~~atraye~~ pensar ~~al~~ de esta pasión pudo llevarme.

ISABEL: ¿Qué quieres decir?

RAFAEL: Soy un ladrón que se ha expuesto por nada. Este desasosiego, esta angustia del corazón, ya no sé si es porque tú me engañas... o porque los dos engañamos al pobre Enrique.

ISABEL: ¡Eres un cobarde!

RAFAEL: Sí; soy un cobarde. Y lo soy, ¡porque se me ha despertado la conciencia!

ISABEL: Pues... ¡vete y déjame!

59) RAFAEL: ( Cojiéndole las muñecas )

¿ Eso quieres, verdad? ; Des-  
-hacerte de mí! ; Pero no lo  
conseguirás tan fácilmente!  
Porque... ( Por la puerta del  
corredor aparecen la Abuela  
Rosario y María Luisa. La Abue-  
-la está enferma; habla irabaja-  
-samente y se apoya en María Lui-  
-sa. El grito del médico la sor-  
-prende. María Luisa, rápida,  
se apresura a comenzar la esce-  
-na )

M. LUISA: La Abuela y yo creíamos  
que ya estaban en la proce-  
-sion.

ISABEL: Espera a ~~las~~ las Hermanas,  
que fueron al jardín a cogernos  
unos claveles.

RAFAEL: ¿ esperábamos al señor Al-  
calde, que volverá a buscar-  
nos. ( La Abuela se sienta )

ISABEL: ¿ cómo se encuentra, abuela?

ABUELA: ( Con frialdad ) Muy abatida.  
~~que~~ que van venen en años; pero

60) estorbare' ya. ( Llega Pedro  
Puig)

PUIG: ( Jadeante) Cuando quieras,  
cuando quieras... ( Por la Abuela)  
; Oh, oh!... Vaya, vaya... Esta suia  
Rosario es magnífica. ; ¡ es muy  
buena casa!

ABUELA: Si pudiera ver al nieto...

PUIG: Te verá, te verá... Te va a dar  
-ra' mucho. Te echo de menos  
ya a aquellas partiditas de tre-  
sillo de los domingos, a' ¡ nieto,  
don Rafael? Creo que don Enrique  
no me guardará rencor por  
haber sido yo el que... Te va  
hacerá cargo. Una cosa es el  
Alcalde y otra Pedro Puig...  
el amigo Pedro Puig.

ABUELA: Tranquílitate, señor Alcalde.  
Enrique es un hombre de buen  
sentido... Otras cosas son las  
que... ( Salen las Hermanas  
Mercedes trae un ramo <sup>pequeño</sup> de  
clavela)

61) MERCEDES: aquí tienen las cla-  
ves.

ISABEL: gracias. (Se pone las flores.  
El Alcalde la contempla, orgu-  
lloso)

PUIG: ¡Sin faltar diablo! Mani-  
quina de seda... Traje negro...  
pauca alta... clavos rojos...  
y cíterera, cíterera. No se me  
llamara más la atención: si el  
pauca perdón nuevo o la que lo  
llava. (Al médico) Usted ven-  
drá, por supuesto. ¿El médico  
no puede faltar?

RAFAEL: ¿Usted cree?

PUIG: Lo creo yo... ¡y el consi-  
torio en pleno!

JULITA: (Trinadamente) Las que  
no iremos seremos nosotras.

PUIG: (Estrañado) ¿No?

ISABEL: ¿No iréis? ¿Por qué? Me  
habíais dicho que me



627 Llevaríais los cordones...

JULITA: No... No podemos.

MERCEDES: No nos encontraron Han. ¿Verdad, Julieta?

JULITA: ¿Verdad, Mercedes? (Am-  
-bas hablan compungidas)

ISABEL: (Mordiéndose los labios) Lo  
que queráis...; Y ahora, que lle-  
gamos tarde! (Y sin despedir-  
se de nadie, desaparece por el  
mirador)

PVIC: Ahora luego, señora Rosario.

ABUELA: Dios le guie. (El Alcalde  
y el Médico siguen a Isabel. Una  
pausa) ¿Es verdad que no es-  
táis buenas?

LAS DOS: Verdad...

ABUELA: ¿Y las dos tenéis al mis-  
mo mal?

LAS DOS: Sí, señora.

ABUELA: Pues, ¿qué tenéis?

63) JULITA: ~~Las~~ Tenebras... i me-  
nos. (Ambas se miran)

MERCEDES: No sabemos decirlo,  
pero...

JULITA: ... No nos encontraremos  
bien. (La Abuela las compra  
de)

ABUELA: Como una angustia en el  
corazón, ¿verdad? (Las dos  
Hermanas comienzan a llanto  
que está a punto de delatarse)

JURITA: Bajaremos un poco al  
jardín...

ABUELA: Como queráis. (Ambas  
besan a la Abuela en la forete.  
Y salen de la puerta, abrazando en su  
llanto, bajan al jardín) También  
ellas lo han comprendido. ¡Qué  
vergüenza! Y, mis miras, tanto, al  
pobre Enrique, consumiendo  
allí abajo... ¡Qué horror!

M. LUISA: (acariciándola) Abuela...  
(Bruja pauca)

64) ABUELA: En esta Guaiaca no estoy  
bien. Se me clavan los huesos.  
(frío de las Hermanas, dentro)

MELLIZAS: ¡Abuela!; Abuela!; Abuela!

ABUELA: ¡¿Qué querrán? (Aparecen  
las dos Hermanas. Mercedes trae  
un telegrama).

MERCEDES: Le agradezco me ha  
dado este telegrama.

JULITA: Es del un telegrama del  
Abogado.

ABUELA: Dádmele... Ábridlo... (Lo  
rompe al abrirlo) No... no tengo  
las gafas. Toma... léelo tú,  
Mariana Luisa. (Maria Luisa lo  
lee) ¡¿Qué dice?!

M. LUISA: (Con júbilo); Oh, Abuela!  
¡Abuela!

ABUELA: Pero, ¡¿qué dice?!

M. LUISA: La libertad, Abuela... ¡La  
libertad! (La abraza como  
vida)

ABUELA: ¡Ojalá del cielo! No perdiera  
esta buena noticia.

65) MERCEDES: ( Que le cogido el  
telegrama ? lee ) "Dentro quince  
días Enrique Sureda citará  
con ustedes." ( Las dos Her-  
manas se abrazan ); Vuelve  
nuestros hermanos a casa!

JULITA: ; Nuestros bo ni si no her-  
manos! ( La Abuela se ha  
quedado in móvil. Como  
si ahora una idea trágica  
cruza por su pensamiento,  
lanza un grito ? se tapa  
la cara con las manos )

ABUELA: ; Oh!...

MELIZAS:  
~~HERMANAS~~ : ; Abuela! ( Rápidas )

M. LUISA: ; ¿Qué tiene? ; ¿Qué le pasa?

MERCEDES: ; No está contenta con  
la — vuelta del niño?

JULITA: ; No esperaba este mo-  
-mento de alegría.

ABUELA: ; Ma horroriza, me es-  
-panta este momento!

MERCEDES: ; ¿Qué dice?

66) JULITA = ¿Que le espanta?

M. LUISA = ¿Por qué?

ABUELA = ¿Que pensará Enrique al encontrarse forastero en su casa?; Me horroriza!

JULITA = (Que no entienda) ¿Forastero?

ABUELA = ¿Tal pecado? ¿Cómo podrá ocultarse el pecado?

(María Luisa abraza enojada a la Abuela)

M. LUISA = ; Abuela!... (Abuela han comprendido todas)

JULITA = Es cierto; pero...

MERCEDES = ¿Quién le podrá decir?

ABUELA = ; Todo! La tranquilidad, deshecha; la angustia nuestra, y, sobre todo, el ambiente; este ambiente helado que nos envuelve! (Ha dicho esto temblorosa.

María Luisa y las Hermanas se

67) miran)

JULITA: ; Poder de nosotras!

MERCEDES: ¿y qué... qué haremos?

M. LUISA: Callar... callar como  
unas sombras. Esquivar toda  
resistencia... Vivir con los ojos  
cerrados! (Se sienta en otra butaca)

MELIZAS: (Repitiendo la frase)  
Callar... callar como unas  
sombras

ABUELA: ; Pero nada podrá ocultar  
el pecado! (Rompe en sollozos)



# El hogar

## ACTO TERCERO

La acción transcurre al caer la tarde de un día brás y lluvioso de diciembre. Todo se halla como en el acto anterior. Sólo la chimenea está encendida y su resplandor rojizo llega hasta al centro de la estancia.

Al levantarse el telón, la Abuela se halla sentada en una butaca de brazos, <sup>al lado</sup> ~~cerca~~ de la chimenea.

Enrique surge con un fuelle pequeño aviva al fuego.

Enrique: '¿Qué invierno más crudo se avicina, Abuela!' (Beja al fuelle enciende la pipa) 'Cuando me fuí, era un día pleno de sol... Y ahora llevo dos en el pecho, y el pícaro no ha salido ni para darme la bienvenida.' (Pasa la mano por la escena)

27 ABUELA: ¿Qué miras?

ENRIQUE: Nada, nada... Pero...

ABUELA: Habla...

ENRIQUE: Aunque no quiera, encuentro... no sé... ¡No es verdad, Abuela, que cuando un hombre deja su casa en pleno verano, y este recuerdo queda grabado en sus ojos durante meses, no es verdad que al volver a ella y verla gris y brumosa, le parece, - ¡bueno me perdome! - que ha cambiado en algo?

ABUELA: Cierto. La fisonomía de la casa no es la misma. Por eso la encuentras cambiada. Pero las personas sí son las mismas.

ENRIQUE. (Riendo de todo corazón); Claro es, Abuela!; ¿Qué cosas se dicen! Porque no solo los muebles son los que hacen un hogar, sino el amor de las personas. ¡Oh! Si ese amor faltase, el hogar se derrumbaría.

(Llega María Luisa por la



3) derecha. Trae una taja de caldo)

M. LUISA: Tome, señor Enrique.

ENRIQUE: ¿Qué me das? ¡Oh! No, no...

M. LUISA: Lleva a qui sólo dos días,  
y todavía está muy débil.

ABUELA: Bismalé, Enrique.

ENRIQUE: Vaya... (Toma la taja y bebe)

Buena chica... (La acaricia); Es-  
tas cosas tan sencillas te llegan a  
<sup>me</sup> dentro! ¡Buena chica! ¡Ojalá me  
le escuchado!

M. LUISA: ¿Por qué, señor Enrique?

ENRIQUE: Porque le pedí con lágrimas  
en los ojos que me dejase pasar  
estas Navidades con vosotras!  
¡Me exponía la idea de pa-  
sarlal solo! Ahora las festejare-  
mo más que nunca.

M. LUISA: ¿Tú no podía hablar con na-  
die? ¿Siempre estaba solo?

ENRIQUE: Los primeros días, sí. Pero  
después...; ¿Qué hombre a igual  
más extraño!

M. LUISA: Cuento.

4) ENRIQUE: Era un desgraciado... Uno de esos vagabundos sin oficio ni beneficio. Vivía solo... aislado como una campana en su campanario. Ni un guiño cariñoso alentaba en su corazón. Miraba el jirón de cielo que se veía por una raja que había ~~perforado~~ <sup>a ras del</sup> techo... y, mirándolo, sonreía... cantaba una canción en una lengua que <sup>yo</sup> no entendía. Yo le preguntaba: "Buen hombre: si no viene a nadie, ¿por qué canta? ¿Por qué mira al cielo con ese afán?" Y él me decía: "Porque el cielo es la inmensidad y yo soy un pájaro que vuela..."

M. LUISA: ¿Vivía solo... sin nadie?

ENRIQUE: Sin nadie. Como la campana en el campanario, y a lo lo he dicho.

ABUELA: ¿Y te daba lástima, Enrique?

ENRIQUE: Mucha lástima. Pero me confortaba al mismo tiempo, porque pensaba: "No

57

prender quejaste, Enrique, de tu suerte. Cuando se te abran las puertas de esta prisión encontrarás unos brazos que se te echen al cuello... y te dirán que la vida no torció para ti el camino."

ABUELA: ¿y cuando saliste, ¿todavía estaba?

ENRIQUE: Sí...

M. LUISA: ¿y qué te <sup>dijó</sup> ~~dijiste~~ entonces?

ENRIQUE: Nada. Cuando le dije que yo tenía quien me esperaba volvió los ojos hacia la ventana... y empezó a cantar aquella canción que yo no entendía. (Maria Luisa recoge la taza y hace ruidos) A esta chica sí que la suenan los cambios. No es el pajarillo de antes. Debe de estar madurada.

ABUELA: Vete a saber, ¡a su edad!...

6) ENRIQUE: Cielos. Todo se ve de color  
de rosa. ~~Pero~~ a pesar de verlo  
tan bonito, más de una vez las  
mismas ilusiones se estrojan y  
se envuelven como una hoja... y te  
arrastran hacia acá y allá. Debe-  
rías acelerar porque esta chica sea  
muy bello. (Pausa) ¿A Isabel,  
¿la has visto?

ABUELA: No. (Otra ~~otra~~ pausa. Se  
mueve Enrique para la vista  
por la retirada)

ENRIQUE: ¿Yes? <sup>Es</sup> ~~El~~ viejo reloj de pe-  
-sas si que lo echo de menos.

ABUELA: ¿Sí?

ENRIQUE: Sí. ¿Te acuerdas, Abuela,  
del son reposado de sus cam-  
panadas?

ABUELA: Sí...

ENRIQUE: (Riendo); Oh!... Claro que  
te acuerdas... ¡Si no hace  
más que seis meses justos!  
<sup>Virgen</sup> ~~Mañana~~ mañana! ¿Qué hora  
es?

7/ M. LUISA: (Volviendo) Las seis  
y media, señor Enrique.

ENRIQUE: Gracias. (Pone en luz su  
reloj) Esta mañana Luisa jamás  
me dice "tío", Siempre "señor  
Enrique." ¿No será por dema-  
siado respeto, verdad?

M. LUISA: No... no... (Por el mirador  
llega Isabel)

ISABEL: No sé cómo es guisa estar  
a oscuras.

ENRIQUE: ¡Oh, mi reina! No me gust-  
a mucho, pero... (Enciende la  
luz que hay frente a la sala de  
la derecha); Mira si es fácil!  
¿Quieres frío?

ISABEL: No. (Estornuda)

ENRIQUE: ¿Te has constipado. No sé  
porque saliste esta tarde, con  
el tiempo que hace... (Te acaricia  
las manos); Qué manos más  
frías tienes! Entre las niñas se  
te calentarán, ¿no? (Con el alim.  
te le da calor en ellas) (Isabel

8) le mira)

ISABEL: Me voy al cuarto.

ENRIQUE: ¡ Yo contigo. (le pasa una mano por la cintura) Siempre te he tenido junto a mí. Todos los días, al ponerse el sol, escuchaba tu voz, que me decía: - "Desdénese, Enrique." (Se van por la sala de la derecha)

M. LUISA: Todavía no he advertido nada!

ABUELA: ¡ Todavía no!

(Toda la escena siguiente se desenvuelve en voz baja, como si la angustia abogase las palabras)

Pero el hereje no es el mismo de antes. También quiere engañarse a sí mismo.

M. LUISA: ¿ Ha dicho algo?

ABUELA: No. Pero era cosa...

M. LUISA: No le gusta. ¿ Verdad que no le gusta?

ABUELA: ¡ No! Le mira y venira.

9) Se encuentra en ella es un  
batacero. Comprendo, sin saber-  
se explicar, que hay algo que  
angustia su corazón: algo que  
vuela como un pájaro de  
mal agüero. ¿No has oído el  
eco de sus palabras? Resuenan  
como en una casa vacía. (Ma-  
ria Luisa permanece de pie en el  
centro de la escena, con la mira-  
da fija en la sala de la dere-  
cha. Murmura más que dice:)

M. LUISA: ¡D cómo quiere a esa mu-  
jer! (La Abuela la mira y la  
comprende); ¡si no quiere!... (ad-  
vierte que la Abuela la mira, y  
calle suargonzaba)

ABUELA: Nena...

M. LUISA: (Zorano) Es tan bueno  
el señor Enrique... ¡tan bueno!...  
y yo quisiera que fuera feliz.  
Tanto lo quisiera que lo da-  
ría todo... ¡todo!... ¡Por mí!  
¿Qué quería ser para él sólo

10) <sup>figurilla)</sup> una ~~sorte~~ insignificante... sin  
ninguna importancia. Querría  
ser una sombra que, sin el me-  
nor ruido surgiese a su lado,  
para, al menos, en juzgarla  
las lágrimas. (La Abuela, con sus  
vida, de besa en la brevete). Vuel-  
ven, por el mirador de la derecha,  
de las hermanas)

ABUELA: ¿Colgarán los cuadros  
que os dije?

MERCEDES: Sí, señora. Todos.

JULITA: Todos.

MERCEDES: Nuestros hermanos, ¿dónde  
está?

ABUELA: En su cuarto; con ella.

JULITA: Siempre estamos con el  
alma en vilo.

MERCEDES: ¿No sabe nada todavía?

ABUELA: Nada. ¿El tío, ¿adónde  
está? No le he visto desde  
que él volvió.

JULITA: Yo tampoco.



117 MERCEDES: <sup>Es mejor que este'</sup> ~~mejor~~ <sup>signa</sup> ~~sea~~  
~~así~~ mejor.

JULITA: Le dará vergüenza.

M. LUISA: ¡ahora? (Una pausa)

ABUELA: ¿Os han cobrado todos?

JULITA: Todos.

MERCEDES: Sí, señora.

JULITA: Venga a <sup>verlos</sup> ~~verlos~~.

ABUELA: ¡Acompañame, María Luisa!

(Las cuatro se van por el corredor. Reaparece Isabel, arreglándose el pelo; nerviosa, arrebolada... Se advertió en ella que ha pasado por avvenimientos desagradables. Se oculta la cara entre las manos, y así de uno para por la escena)

ISABEL: Soy mala; soy perversa, lo sé. Soy mala y no querría saberlo. (Por el mirador aparece el chófer)

12) Oye, Cipriano. Prepara  
el auto

CHOFER = ¿Para <sup>esta tarde?</sup> ~~esta tarde?~~  
- ~~esta tarde?~~

ISABEL = Sí; para ahora: para esta  
~~noche~~ misma tarde.

CHOFER = Bien, señora. (Hace ru-  
rú por donde virus. Se o en  
Erre le ja no)

ISABEL = Esto fatigaba para mis  
nervios.

ENRIQUE (oentén); Isabel: ¿Dónde  
estás? (Ella no responde) Me  
has dejado solo. ¿Dónde es-  
tás? (aparece) Isabel... Me  
has dicho que salías al corre-  
dor y creí que volverías. ¿Por  
qué te fuiste? Perdona...  
He estado seis meses solo;  
compréndelo. Y ahora quería  
ligar ese tiempo contigo...  
~~para~~ para que tú y al tiem-  
po fuérais una misma cosa  
y no me fuérais.

13) ISABEL: Yo, todavía... Pero el tiempo, no podrás <sup>(conteniéndolo)</sup> ~~ligeramente~~ ir por su camino. Y, si no te afanas para vivirlo, para copiarlo, ¡ya estás lista!

ENRIQUE: ¡Eso! ¡Eso! ¡Vivirlo! Me afano en el tiempo porque vivo. ¿Y sabes por qué vivo, reina mía? Porque te tengo a mi lado.

ISABEL: ¿Y si no me enviara?

ENRIQUE: (Suprendido) ¿Cómo? ¿Si no te enviara?

ISABEL: (Segura de sí misma) Es un decir. Contéstame. ¿Y si no me enviara?

ENRIQUE: (Confuso) Entonces... Entonces... Pues... Entonces no podría vivir, porque el tiempo me arrastraría como a una hoja. (Reaccionando) Pero, ¡qué cosas tan raras preguntas!

ISABEL: No me hagas caso. Me da <sup>una</sup> gracia saber cómo pens

14) sabes  
(Otro trueno. El viento y la  
ceniza bañan las vidrieras del  
mirador); ¿Qué tiempo! (Breve  
pausa)

ENRIQUE = Mira, Isabel. Yo no me la  
portado bien contigo. Sé que te  
chifla viajar y te he tenido  
siempre recluida entre esas  
cuatro paredes. Pero, ahora, ¿ya  
verás!; Viajaremos! Si, sí; via-  
jaremos juntos. ¿No lo íbamos  
a hacer cuando nos casamos? Pues  
lo haremos ahora. Viajaremos  
como los novios, porque cuando  
dos esposos se quieren de verdad,  
son siempre novios. Yo soy por-  
que tienen las mismas ilusiones  
de entonces. (La abraza. El vien-  
to agota al mirador. Elle dá un  
grito de susto); ¿Qué furia de  
viento! (Cierra las cristales) El  
hombre es egoísta, vida mía.  
Y yo no lo quería ser, lo lo  
quiero ser por la felicidad que

157 de a veces más que el buen  
sentido.

ISABEL: ¿Egoísta? Todos lo somos; poco  
o mucho.

ENRIQUE: Verás por qué lo digo.  
Cuando fuera hace mal tiempo,  
yo, ~~yo~~, <sup>cuando</sup> se encuentra tan  
bien metido en casa... al  
lado de la mujer que quie-  
re!... No piensa en que hay  
pobres que no tienen ni un  
mal refugio.

ISABEL: ~~¡Bah!~~; Bah!; ¡Qué cosas!  
Cuando hace mal tiempo, los  
alervios se apoderan de mí...  
y no pienso nada... nada...  
(Por el corredor de la derecha  
llega Julia. Al ver, junto, a  
marido y mujer, intenta vol-  
verse)

JULITA: Perdón. Creí que no ha-  
bía nadie.

ENRIQUE. ¿Qué le vamos a hacer?  
(Rien) Estarnos nosotros. (Al

16) advertir que se va), Pero, ¿i-  
-ja!... ¿y por eso te vas?

JULITA - No, no... Pero no quería  
destrueros...

ENRIQUE - ¿A nosotros?

ISABEL - Estas hermanitas tuyas han  
sido siempre un poco <sup>raras</sup> ~~extrañas~~.

ENRIQUE - Pero, ¿vendrás a hacer  
algo...?

JULITA - Sí. Venía a buscar las ge-  
-fas de la Abuela. Dice que las  
ha dejado por aquí. ¿A ver?  
(Encuétrándolas en la vitrina)  
; ¡Mire! Aquí están.

ENRIQUE - ¿Qué extraño que venga  
solo! Porque no os dejáis ir  
a sol ni a sombra. ¿Dónde está  
Mercedes?

JULITA - Con la Abuela. Hemos cogido  
de varios cuadros en nuestra  
alcoba.

ENRIQUE - ¿Qué cuadros?

17) JULITA: Fuera de esta sala. ¡Támbien  
tierra que no han cobido  
todas!

ISABEL: Para los demás, ya busca-  
remos sitios. ¡Pero no es gran-  
de la casa!...

JULITA: ¡Oh! Es que esos cuadros  
son recuerdos y ... (Sale Merce-  
des. No se mueve del umbral de  
la puerta)

MERCEDES: Juliá... ¡No las en-  
cuentras?

JULITA: Sí, Mercedes. Ya las tengo.

MERCEDES: Te Abuela las pide.

JULITA: Ya voy, Mercedes. (Se van.  
Enrique queda extrañado por  
la frialdad de sus hermanas. Per-  
mancece en pie en medio de la  
escena. Y ella le pregunta:)

ISABEL: ¿En qué piensas?

ENRIQUE: No sé... No sé... ¡Pero la  
gente de casa no es como an.

18) ISABEL: ¿Qué quieres decir?

ENRIQUE: Estas hermanas mías eran más dulces, más... ¿cómo te diría yo?... más de otra manera...; Más nuestras! Quizá sea una de las palabras. ; Más nuestras!

ISABEL: No lo ves.

ENRIQUE: Yo sí. Hasta parece que evitan encontrarse.

ISABEL: ; Imaginaciones tuyas! Yo las encuentro igual. Un poco más calladas; eso, sí. Pero un "si es, no es" lo han sido siempre. (Breve pausa)

ENRIQUE: Quizá sea presunción mía; pero...

ISABEL: ¿Qué?

ENRIQUE: Pero me parece que se sientan forzadas en la casa. Mis hermanas no han sido acostumbradas a este ambiente.

ISABEL: Pero para ellas. (Otro breve pausa. Cada vez que la hermanita se extremace) ; ¿Por-



19) ¿qué ~~dices~~ <sup>crees que es eso?</sup>

ENRIQUÉ: Pues, la verdad...; y no te ofendas! Lo creo porque a mí también me pasa algo parecido. Echo de menos todo eso que era tan mío. Hasta ahora no quisiera decirte; pero ya que la conversación...

CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

ISABEL: Sí; ya lo sé... Los cuadros de tus abuelos, el piano viejo y... (Suenan dentro siete campanadas del reloj de pesas)

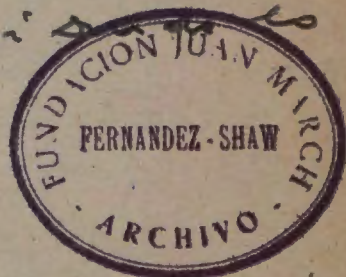
ENRIQUÉ: ¿El reloj... el viejo reloj de pesas... (Pruntando oído) ¿Dices? Sí... Echo de menos su voz. Parece que la casa se vacía para escucharlo. ¿Dónde lo has puesto?

ISABEL: En el corredor.

ENRIQUÉ: No lo sabía

ISABEL: ¡claro! Pero alguien te habrá dado cuenta...

ENRIQUÉ: ¡y ha hecho muy bien! Me gusta. Es la conversación



20) del lugar. (Un marco trueno.  
Isabel dice rápidamente)

ISABEL: Ves que tenderán que volver  
a las ruinas antiguas.

ENRIQUE: No... no...

ISABEL: Me he equivocado.

ENRIQUE: No... no... Si éste es el  
gusto, a mí me parece bien.  
Ya se acostumbrarán ellas, co-  
mo me acostumbraré yo. (Otro  
trueno más fuerte que los  
anteriores)

ISABEL: ¿Te acostumbrarás? ¿Es decir:  
que esperarás que acostumbrarte?

ENRIQUE: ¡Claro! Todo el mundo, en  
un ambiente que no es el suyo,  
ha de...

ISABEL: ¿Y tú dices que no eres  
español?

ENRIQUE: Sí que lo he dicho. Pero,  
no comprendo por qué... (Los  
truenos van sucedidos con  
tracendencia; por lo tanto, con los ER  
siguientes truenos que seguir la voz de los ER)

21) nervisismo de Isabel se acentúa  
mas cada vez)

ISABEL: No comprendes, no comprendes...; Oh! Si tú no hubieras vivido solamente tu vida, comprenderías un poco las de los demás.

ENRIQUE: (Desorientado) No sé por qué dices eso. Yo también amo tu vida. Quiero lo que tú quieras. ¿No te he dicho que viajaremos?

ISABEL: ¿Después? (Un énfasis fuerte que hace recordar la casa no deja oír esta última frase de Enrique. Ella, asustada se lleva las manos a la cabeza)

ENRIQUE: ¿Qué dices? Esta circunstancia... (Isabel tiene ya los nervios destrozados)

ISABEL: He dicho que... ¿Después?

ENRIQUE: ¿Después? ¡Oh!... Después... no sé...

22) ISABEL: Pues yo sí que lo sé. Des-  
-pués nos veremos arrastrados  
por el tiempo... como decías...  
como una hoja. Después nos  
haremos sino unos cuantos años  
y más años... Y, después, ¡ya  
nada más!; ¡Ya nada más!  
(Pasea por la estancia. Sus pa-  
-labras son más bien chillidas). Na-  
da más!; ¡Ya nada más! (cae  
en una silla. Todavía balbucea  
si fue de labios las mismas pa-  
labras. Enrique la mira sin sa-  
lir de su asombro: le parece que  
no la conoce. Y hace un esfuer-  
zo para razonar)

ENRIQUE: ¿Y eso es todo lo que esperas  
a mi lado?

ISABEL: ¡Nada más!... ¡Nada más!

ENRIQUE: ¡Mujer! ¡Ni el hijo espe-  
-ras?

ISABEL: ¡Ni el hijo!

(La cara del esposo se transfigu-  
-ra por el dolor del desencanto. Él

23) hombre que siempre esperaba el fruto de su matrimonio queda confuso; terriblemente perplejo. — Mira fijamente a su mujer y le pregunta!

ENRIQUE = ¿Tú sabes lo que dices?

ISABEL = (Con firmeza); Sí! (Levantándose); Sí que lo sé! El hijo te roba los mejores <sup>años</sup> de la juventud... y yo soy avara de los míos (abriendo los brazos); Quisiera ser siempre joven!

ENRIQUE = (No tiene fuerza para responder. La voz se le quiebra en la garganta); Tú también!; Tú también! (Se deja caer en la butaca de la izquierda); Tampoco te reconoces! (Silencio. Isabel comprende que ha ido más lejos de lo que pretendía). Hace un esfuerzo para serenarse y se aproxima a su marido)

24) ISABEL: Comprendo, Enrique. Soy  
joven todavía... y siempre me  
espantó la vejez.

ENRIQUE: ¿La vejez? ¿Y qué impor-  
ta? Si la vejez... ha de venir  
por fuerza. (Otro trueno) No  
hablemos más de esto. Los ve-  
nir están como el tiempo...  
Déjame... (Da un suspiro pro-  
fundo) Mañana... la luz del  
sol nos hará ver las cosas de  
otro modo. Ahora, nos des-  
-garramos el corazón para siempre.  
¡Y eso es lo que no lo quiero! (Con lá-  
grimas en la voz) Te lo ruego:  
déjame. (Ella se encoge de hom-  
-bros y hace un trío por la sala de  
la derecha Enrique inclina la  
cabeza sobre las manos y sus-  
urra!) "El cielo es la inmen-  
sidad y yo soy un pájaro que  
vuela" decía el vago bardo.  
¡Y era feliz en su soledad!

25) (La Empuñada ha arrojado.  
el "hacer" se levanta y pasa  
lentamente) He de alzar el do-  
-lor. Que no trascienda. (Concu-  
trado); 7 90 que quería comuni-  
car mi felicidad a todo el  
mundo! (Con un gran esfuerzo).  
No...; No puedo! No debo enca-  
-derrarla. (Abrazando un sollo-  
zo); Isabel! ; Isabel! (Queda aba-  
tido, como un cuerpo sin alma. Pau-  
sa. Se produce para un relampe-  
go. Por el mirador entra Rafael  
con los ojos desmesuradamente  
abiertos. Al ver a Enrique, recibe  
una fuerte impresión. No sabe  
qué hacer. Duda. Por fin, se de-  
cide)

RAFAEL: Enrique.

ENRIQUE: (Como despertando); Oh, tú!  
Cree que no vendrías. <sup>Te has mo-</sup> ~~Estás en casa.~~  
<sup>jado</sup> Vay, acércate al fuego.  
(El médico tiene un escolofrio)

26)

Pero ; si está temblando! Quitá-  
~~pero, ¡a qué temer!~~  
te eso... que los íraes que cho-  
-orra. ( Rafael obedece. Enrique  
se acompaña hacia cerca dela  
chimenea. ambos se sientan) Así.  
Como ves, el fuego y el agua nun-  
ca están de acuerdo: cuando  
el uno te abate, el otro te hace  
reaccionar. La vida <sup>es lo mismo.</sup> ~~es así.~~ No  
te parece? ¡Que una persona, te  
hiera? Otra te cura. Dios lo ha  
previsto ~~en~~ todo. ¡Ay, si me  
pueda así! ( El doctor se ha  
oído con la cabeza entre los  
anños)

RAFael: Pero hay cosas que nadie  
puede curar.

ENRIQUE: ; Bob! Eso te figuras.

RAFael: ; Nadie!

ENRIQUE = Yo siempre tengo esperan-  
-za.

RAFael: No todos los hombres son  
iguales.



27) (Breve pausa. Rafael levanta  
la cabeza y suspira. Enrique la mi-  
-ra estirado)

A ti también puede esclavi-  
zarte la vida. Y entonces, aquellos  
que llevas aferrados al corazón  
y que más quieres, ~~te~~ que de  
enfermado... abrogado dentro  
de ti para siempre.

ENRIQUE: (Ha quedado pensativo.  
Se levanta) Puede que tengas  
razón. Sí... Ahora soy un es-  
clavo... porque busco lo que  
no encuentro... Y esta incer-  
tidumbre... (Con la mirada per-  
-dida); Yo, que quería que todos  
los que viviesen cerca de mí  
fuesen felices! Y hoy no lo  
soy yo... porque la persona a  
quien más quiero también lo  
es.

RAFAEL: (Rápido); Isabel!

28) ENRIQUE: Sí. Ella... Mi mujer ya  
no es nada de este hogar.

RAFAEL: ; Tu mujer! Es un pájaro  
que encuentra la jaula dema-  
-siado estrecha.

ENRIQUE: ¿Dónde? También tú lo has  
comprendido. (Rafael calla)  
Habla... Dime... Tú, que miem-  
-bras que he estado fuera, has  
sido al otro yo en esta casa,  
¿qué has visto, qué has descu-  
-bierto en mi mujer? ¿Crees  
que hice mal casándome con  
ella?

RAFAEL: No lo sé... Pero Isabel no es  
mujer para estar casada  
con nadie.

ENRIQUE: ¿Qué dices?

RAFAEL: (Habla con violencia, como  
si se desahogara) No piensa más  
que en ella misma. Y aquí, en  
tu misma casa, es como una  
intensa, como una excitada. No  
ha pasado minutos en que las

29)

personas que la rodean son de carne y hueso, con corazón y voluntad. Sus anhelos, sus afanes son para lo de allí abajo, para el rincón dorado de su adolescencia. Allí abajo tiene sus amistades... Allí abajo tiene sus amigos... allí abajo ha encontrado todo lo que no ha querido hallar aquí arriba. Esto para ella es un intercambio. Y aunque los hombres ~~ya tienen su vida~~ si calla se desgracia de los que tiene a su lado; y no le comunican ni su dolor ni sus alegrías! ; Esa es tu mujer!

(Enrique de los vidos atónito, jadeante. La vehemencia del médico le hace adivinar algo.)

Procura, sin embargo, dominarse)

ENRIQUE. Ves que la conoces mejor que yo.

RAFAEL: De Isabel no esperas el sacrificio.

30) ENRIQUE: (Estallando) ¿Sacrificio?

¿Por qué sacrificio, si antes ha habido <sup>un</sup> juramento?

(Se oye un auto que arranca. El médico lanza un grito)

RAFAEL: ¿El juramento? ¿Ese es su juramento?

ENRIQUE: ¿Él?... ¿Ella?... ¿Ella?

RAFAEL: Huya porque tiene la perversidad en la médula de los huesos.

(Ha subido Enrique hacia el mirador. Mira hacia fuera. Luego, se dirige al médico y le pregunta con las manos crispadas)

ENRIQUE: ¿Tú lo sabías?

RAFAEL: Sí... Sabía que tenía que huir de tu lado... Este pensamiento no me dejaba vivir. Tu imagen, de hombre noble y honrado, la tenía siempre viva ante mí. Y, precisamente por eso...

31) ENRIQUE: ¿Por eso has venido?

RAFAEL: Sí. He venido para decir-  
Eles todo. Para confesarme. Por  
ra pedirte que me pisotees, ¡que  
me castigues!; Me lo merezco!  
Ella me atrajo... Se aburría a la  
casa y buscaba un calor... un algo  
que le hiciera recordar lo que  
no tenía... 770...

(Se le quiebra la voz. Se hacen los  
quehaceres como clavado en medio  
de la escena. Es tan horroroso  
lo que ha oído que no acierta  
sino a balbucear sílabas pala-  
bras)

ENRIQUE: Tú... ¿tú?... ¡Mi amigo  
del alma!...

(Rafael le contesta cayendo  
a sus pies, llorando como un  
niño)

RAFAEL: Sí... ¡Tu amigo del alma!

ENRIQUE: ¡Pobre visionario que ca-  
mina por encima de las mu-  
-ber! 770, que os había dado to-  
-do, hasta la propia sangre!;

327; Que, porque fuéreis felices, me  
habría torturado, ~~para~~; habría abo-  
gado mi corazón! si de corazón  
me lo hubiérais pedido! (Suje-  
tañidos por las solapas) Y me  
habéis engañado... Y, lo que  
es más monstruoso: os habéis  
aprovechado de mi ausencia,  
de mi prisión, para que cresta-  
lizase vuestra infamia. ¡Habéis  
manchado, escarneido, este ho-  
-gar, en el que yo os hablaba de  
sola ~~en~~ aridades en la amistad  
y el amor... Y tú eres más  
miserable todavía: porque te  
has dejado arrastrar por una  
falsa pasión, sin tener en  
cuenta que yo te hablaba con  
un brazo abierto. ¡Mercedes!  
¡Mercedes!... ¡Mercedes!

(Aparece Mercedes: temblorosa  
ahogada)

MERCEDES: Hermanos... ¿Qué hacen,  
hermanos!

(Se Zambalea. Enrique corre a su Embarca)

ENRIQUE: ¡Mercedes!

MERCEDES: Hermano...

(Rompe en un llanto convulsivo, apretando la mano del herido contra su corazón. Hay un silencio. Solo se oye los sollozos de Mercedes. Vencido, clama Enrique)

ENRIQUE: Vete... Yo me debo a

ellos... a todo esto que es un pedazo de mi alma. Como lo erais vosotros... ; Esto que es sano, que es puro!... ; Vete! ; Vete con ella!

(Aparece Don Magín por el fondo. Rafael se levanta pensativamente; coge la gabardina; casi no puede andar. Don Magín <sup>gín</sup> le dice!) (apoderándose

MAGÍN: No se puede vivir <sup>de</sup> la vida de los

34)

demás. Hoy que dar algo  
de la muestra. ¡Recuérdalo!  
¡Recuérdalo!  
(El Abuelo se va. Don Mari-  
gin montando entonces para  
sí) Ha triunfado el buen senti-  
do: ¡este sentido tan nuevo!  
Mi madre siempre decía que  
el sentido buen sentido era  
el mejor <sup>heren</sup> ~~heren~~ en una  
casa.

(En rique, que ha permanecido  
al lado de su hermana, se apar-  
ta al obra de ella y pregunta  
al boticario)

ENRIQUE: Lo sabían, Don Magin. Lo  
sabían, y han callado.

(Don Magin dice que sí en la  
cabera. Salen la Abuela, Ju-  
lita)

ABUELA: Sí, Enrique. Hemos callado.

ENRIQUE: ¡Abuela! (La alvaya)

MAGIN: ¡Ella sí que é han dado  
siempre un pedazo de su vida!



35) ABUELA: El hogar no se deshielo,  
Enrique. Y en el hogar encon-  
-trarás el consuelo que necesi-  
-tas.

JULITA: Con nuestro silencio <sup>te</sup> enjuga-  
-remos las lágrimas.

MERCEDES: Sí, hermanos. De enjugar-  
-emos las lágrimas.

ENRIQUE: ¡ con nuestro silencio!

ABUELA: Nunca te ~~recordaremos~~ <sup>hablaremos</sup> del  
pasado. Nada te lo recor-  
-dará. Y abrirémos las ventá-  
-nas de par en par como si  
mi Felipe Sureda inolvidable;  
de par en par, como si quería  
ver abierto el corazón de  
los hombres. De nuevo nos acu-  
-ge el hogar; de nuevo veremos  
aquí el viejo reloj, el piano,  
los retratos... Todo esto, que  
era tan nuestro. Mira: cada  
una, en su quehacer. (Julita,  
en silencio, silenciosamente,

36)

Borda. Mercedes lee. has dos,  
sin embargo, alugan su dolor)

MARIN: Y aquí la mesa, para la  
partidita, como todos los do-  
- amigos. (Enrique se mira)

Si, ya lo sé. Ahora, solamente  
seremos tres

(Enrique se sienta en la buta-  
ca; la abuela, en una silla. En  
un magín, cerca del reloj. Dentro,  
el viejo reloj de pesas de la  
ochu campanades. Sale en aria  
Luisa)

M. LUISA: Señor Enrique... Señor En-  
- rique... (Enrique levanta la  
cabeza) Las zapatillas, como  
todas las tardes. (El se mira  
entre lápizmas.  
se sourte, se oja la última cam-  
panada del reloj)

TELON